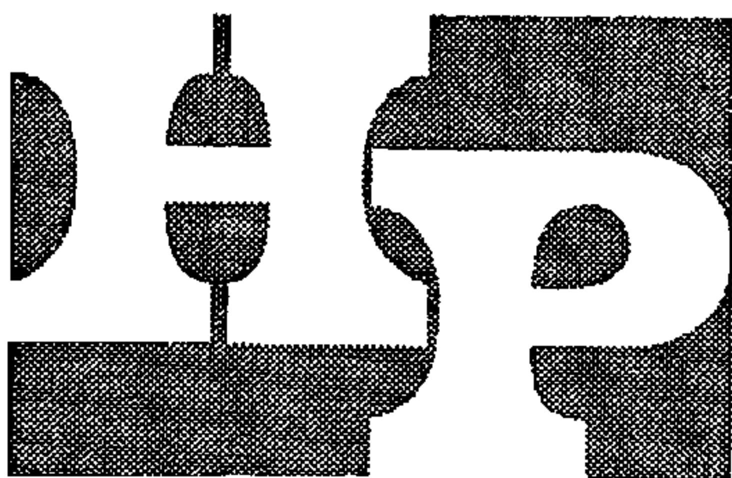


Silver Kane

LOS BUITRES





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LOS BUITRES

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 311
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 39134-1975

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: diciembre, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Para Gary Marión resultaba muy difícil volver a la normalidad y ser como cualquier otro individuo de su edad y de su clase. Entre otras razones porque desde que cumplió los veinte años y marchó de su hogar, era uno de esos hombres que sólo salen de un lío para meterse en otro.

El alcaide de la prisión de Yuma se lo dijo así al devolverle la libertad, tras tres años de tenerle entre rejas.

—No sé si habrás pensado alguna vez en eso, Gary Morton, pero tienes veinticuatro años y has matado a cuatro hombres. Desde que alguien te enseñó por primera vez un revólver, seguramente cuando todavía tomabas el pecho, no has soñado más que en tener uno que fuera tuyo y en usarlo sin parar. Has cumplido condena en diversas prisiones del condado hasta venir a Yuma. Y espero que no tengas ganas de volver.

Gary Morton miró en torno suyo.

Hasta el despacho del alcaide olía a suciedad, a abandono y a miseria. Yuma era, quizá, la peor prisión de la Unión, una cárcel situada junto a la frontera de México, donde el sol achicharraba y las moscas le comían a uno vivo. Los peores criminales de Estados Unidos eran recluidos allí, y no todos salían vivos, porque las enfermedades por un lado y la horca por otro, se encargaban de que allí nunca sobrara gente.

Gary musitó:

—No, no quiero volver.

—Pues eso depende sólo de ti.

—Lo sé.

El alcaide consultó la ficha que tenía ante sus ojos.

—Lo curioso, maldita sea, y lo que me ha llamado la atención

cien veces, es que tú no naciste como tantos y tantos desdichados que ni siquiera han conocido a la madre que los trajo al mundo. Tú naciste en un sitio donde, al menos, no se pasaba hambre. Tus padres tenían un rancho.

—Sí.

—Y hasta ibas a casarte. Tenías relaciones con una muchacha que, según dicen, era muy bonita.

—Aquello ya quedó lejos.

—Está bien. Pues procura que esto —y señaló las malolientes paredes—, no vuelva a estar cerca de ti otra vez.

—Lo intentaré.

—A la próxima ocasión puede que vayas ahí…

Y señaló el patio a través de la ventana. En el centro de aquel patio se elevaba la horca.

Gary Morton se encogió de hombros y luego tendió la mano hacia el alcaide, despidiéndose.

El alcaide ignoró el gesto.

—Toma tu paga por los trabajos que has realizado, Gary. Y ahora… ¡largo de aquí!

Gary tomó un pequeño puñado de monedas donde había cincuenta dólares.

Luego hizo un gesto de despedida con la mano y salió.

No había visto la ciudad en tres años. A veces los reclusos fuertes, como él, eran sacados para cortar leña, pero se les conducía en un carromato cerrado y vigilado estrechamente, desde el que sólo podían ver la calle a través de las rendijas.

De todos modos, no se había perdido gran cosa. Yuma no era una ciudad agradable.

Toda ella parecía tener el mismo olor del penal. Se veían guardianes de éste por todas partes. Y muchos reclusos que, una vez liberados, no tenían dinero para ir a ninguna parte, terminaban por quedarse en la ciudad, donde deambulaban de un lado para otro, al acecho de cualquier trabajo, limpio o no. Podía decirse que la ciudad de Yuma y su famoso penal eran una misma cosa.

Por eso Gary Morton se dijo que él no haría lo que tantos otros: gastarse sus cincuenta dólares en una botella de alcohol y la compañía de una muchacha, y luego no tener ni un centavo para salir de aquel pozo. No. Él se iría al día siguiente a donde fuese,

incluso remontando el río Colorado. O descendería hasta la Baja California, que pertenecía a México, y donde tal vez hubiese algún trabajo para él en las factorías pesqueras.

Bebió una copa, se pagó una habitación en un hotel modesto y pasó su primera noche de libertad en tres años viendo amanecer a través de su ventana, como tantas veces había visto amanecer a través de las rejas.

A la mañana siguiente echó una moneda al aire: norte o sur. Salió norte, y por consiguiente tomó una plaza en la diligencia que iba hacia San Bernardino.

Cuando llegó a esa nueva ciudad, respiró mejor.

Esto ya era distinto.

Se veía pasear por allí a ricos hacendados californianos, usando sus ropas de ascendencia española; las casas eran bonitas, blancas y estaban limpias. Había muchas mujeres hermosas generalmente morenas y de ojos profundamente inquietantes. Los hoteles eran agradables y acogedores para un viajero fatigado como él.

Pero eran caros.

Gary Morton comprendió que o encontraba algún trabajo o pronto tendría que dormir en la calle. Pero de momento se propuso descansar un día entero, antes de pasar revista a los ranchos que tal vez pudieran emplearle.

Alquiló una habitación modesta y luego salió a dar un paseo, gozando de la sensación de su libertad recién estrenada.

Sus ropas estaban nuevas, porque no las había usado en tres años. Y su revólver, aunque de un modelo algo anticuado ya, estaba listo para funcionar de nuevo.

Regresó al fin a su habitación, casi mareado porque no estaba habituado a los espacios libres, y entonces tuvo la primera sorpresa.

Porque en la habitación, sentada en su cama, había una mujer.

* * *

No era una mujer cualquiera.

No era tampoco parecida a las que había en San Bernardino, aunque éstas fueran muy bonitas. La que ahora estaba en su habitación era rubia, tenía los labios más gruesos y más sensuales, las curvas más pronunciadas y además era. —Gary no sabía qué palabras emplear—, más atrevida.

No se había preocupado ni poco ni mucho por la posición de su falda. Y su sonrisa era insinuante.

Podía habérsele tomado por una aventurera, pero una aventurera de gran clase, en todo caso. Y una mujer de tanta categoría no hubiera perdido el tiempo con un ex recluso como él.

Además, Gary Morton la reconoció en seguida. A pesar de la violenta sorpresa que le acometió, supo de quién se trataba.

—Margit… —susurró.

Ella se desperezó un poco, como si acabara de levantarse del lecho, y mostró generosamente las líneas de su busto.

—¿Te extraña? —musitó.

—¿Qué haces aquí?

—En realidad es muy sencillo —dijo Margit tranquilamente—. Ordené a uno de mis criados que averiguara en qué fecha exacta salías de Yuma. En el día señalado recorrió todas las tabernas de la ciudad, pensando que lo primero que harías sería emborracharte, pero no te encontró. Por lo visto no hiciste, ni de lejos, lo que hacen los demás presos cuando les devuelven la libertad.

—No, no lo hice.

—¿A qué le dedicaste?

—A ver amanecer desde detrás de una ventana que no tuviera rejas.

Margit lanzó un leve silbido, no se supo si de admiración o de burla.

—Siempre fuiste un chico extraño, Gary Morton… Bien, seguiré explicándote el porqué de mi presencia aquí. Cuando mi criado no te encontró en las tabernas se dedicó a husmear entre los pasajeros de las diligencias. Supo que viajabas a San Bernardino y me telegrafió. Yo sólo he tenido el trabajo de averiguar qué hotel habías elegido. —Contempló en torno suyo y añadió—: Esta ciudad es cara…

—Sí. Demasiado para mí.

—¿Cuánto tienes?

—Para comer un par de días y pagar este hotel un par de noches.

—Hum… ¿Y luego qué?

—Buscaré trabajo.

Ella sonrió.

—Te he adivinado el pensamiento, Gary Morton.

—¿Por qué?

—He venido a proporcionarte trabajo.

Gary Morton apretó los labios. Le parecía como si todo aquello fuese algo irreal, algo que no existía.

—¿Qué clase de trabajo? —susurró.

Y ella dijo lentamente, recalcando cada palabra:

—Quiero que mates a un hombre.

CAPÍTULO II

Gary Morton respiró con calma el aire quieto de la habitación. Desde que salió de presidio tenía frecuentemente la misma absoluta sensación; que todo aquello era un sueño, y que la única realidad era el mundo que acababa de dejar, el mundo siniestro de Yuma, lleno de calor, suciedad y moscas:

Aquellas moscas perezosas, gordas como puños, que se posaban en la cara de los ahorcados y que él tenía la sensación de que no olvidaría ya nunca.

Margit parpadeó.

—¿Qué te ocurre?

—Nada —dijo Gary Morton con voz lenta—. Sólo que me ha sorprendido.

—Cualquiera diría que no has matado jamás a nadie.

—He matado a cuatro hombres.

—Y el primero por mí, ¿no?

Gary envolvió a la muchacha en una mirada nostálgica.

—Hace años —susurró—, antes de que yo me transformara en un pistolero, tú me dijiste que un ranchero de las cercanías te había amenazado con sobrepasarse contigo. Yo fui a su rancho, lo desafié cara a cara y lo maté Claro que el acto tenía una cierta lógica, porque tú y yo, entonces, hablábamos de casarnos. Pero luego las cosas se fueron complicando. El que mata a un hombre que tiene dinero y parientes, ha de matar también a los que tratan de vengarle. Y aunque pelee cara a cara, esas cosas no pueden conducir más que a un lugar: a Yuma…

Ella se levantó del lecho y dio un par de pasos por la habitación, haciendo que sus caderas oscilasen suavemente.

—¿Cómo te encuentras? —susurró.

Los ojos de Gary estaban vidriosos.

—Hace tres años que no veo a una mujer.

—Gary… Lo dices con una voz que… me asustas.

—Eres muy bonita, Margit. Endiabladamente bonita. Pero no temas, porque no te tocaré.

—¿Crees quizá que en estos años me he casado?

—De eso no hemos hablado una palabra. Y en todo caso eras muy libre de hacer lo que te viniera en gana.

—Pues no, no me he casado. Sigo como antes. ¡Cuántos años tienes ahora!, ¿Gary?

—Veinticuatro.

—Yo veinte. Soy una niña.

Él asintió lentamente, procurando no mirarle, porque la belleza de Margit le hacía temblar las manos, al tener que dominar sus terribles deseos de abrazarla.

—No me has dado ninguna respuesta —susurró ella.

Él alzó la cabeza.

—Crees que sólo sirvo para matar, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso. Sólo te he ofrecido un trabajo porque sé que lo necesitas.

—Cierto… Y a los hombres como yo sólo se les puede ofrecer una determinada clase de trabajo. Dime, ¿a quién tendría que matar?

Ella se encogió de hombros y dijo suavemente, recalcando las palabras una a una.

—Pues muy sencillo. Al hombre que quiere casarse conmigo…

La casa de Margit no había cambiado gran cosa en trece años. Era lujosa y solemne, como cuando él la conoció. Tenía un amplio porche delantero y otro, más estrecho, en la parte posterior. En sus ventanas había visillos amarillentos, como en otro tiempo. Y delante del porche se extendían las tierras del rancho, prósperas y fértiles, que daban tres cosechas al año y que eran, en opinión de los rancheros vecinos, una bendición de Dios.

E igual que en años anteriores, también el viejo Bartin, padre de Margit, estaba en el porche mirando los campos y fumando pensativamente su pipa.

Cuando ambos llegaron, las sombras ya cubrían la tierra. Casi todas las ventanas del edificio estaban iluminadas.

Margit murmuró:

—¿Qué te parece el caballo que te he comprado?

—Magnífico. Ha hecho el viaje en muy poco tiempo. Y diría que no está apenas cansado.

—Pues tú no pareces demasiado satisfecho.

—Me disgusta montar un caballo que ha tenido que comprarme una mujer.

—Bah, no pienses en eso. No es pecado no tener dinero, y además yo soy distinta. ¿Qué te parece todo?

—Igual que antes. Nada ha variado en tres o cuatro años.

—Mi padre tampoco. Ya lo verás. Sigue como antes…

En efecto, el viejo no había variado en absoluto. Hasta diríase que su pipa era la misma. Tendió la mano a Gary como si no hubiese transcurrido el tiempo. Como si las cosas no hubieran cambiado nada en los últimos tiempos.

—Hola, muchacho. ¿De nuevo por aquí?

—Los sitios familiares siempre le acaban atrayendo a uno, señor Bartin.

—Y tan familiares… Tú eres como de la casa. Vamos, siéntate a mi lado. ¿A qué esperas?

—Antes de que usted vuelva a brindarme su amistad, he de decirle dónde he estado todo este tiempo, señor Bartin.

—Ya lo sé… En Yuma.

—¿Y no le importa?

—Uno puede ir a Yuma por muchas cosas. Pero yo sé que de ningún modo eres un mal muchacho.

—Celebro que piense así. Yo no estoy tan seguro.

—Siéntate.

Gary lo hizo. El viejo le dio su bolsa de tabaco y papel para que se liase un cigarrillo.

—Seguro que en el penal no fumabas.

—Sólo hierbas.

—Este tabaco es muy bueno, ya lo verás. Lo traen de las Antillas. Por cierto, ¿vas a quedarte aquí?

—No lo sé.

—¿Tienes trabajo?

—Depende.

—Eso significa que no lo tienes. De modo que, si quieres, puedes

quedarte aquí. Aunque no sé si en el fondo te fastidiará.

—¿Por qué?

—Margit va a casarse.

Gary alzó la cabeza y clavó sus ojos en la muchacha, que les estaba mirando fijamente.

—Aún no hay nada decidido —dijo ella—. Pueden ocurrir muchas cosas.

El viejo Bartin dio una chupada a su pipa.

—Definitivamente te quedas… —murmuró—. Yo necesito un hombre fuerte y decidido como tú… Por cierto, tienes un magnífico aspecto. No parece de ningún modo que te hayan tenido encerrado en una celda.

—Es que hacía muchas cosas en el exterior; cortar leña, entre otras. Y reparar las paredes del patio. He acarreado más pesos que en toda mi vida, y por eso me mantengo en forma.

—Me alegro que hayas vuelto tan optimista… Nunca hay que dejarse vencer por la adversidad, muchacho. Lo único malo es que hayas vuelto aquí en la época de los asesinatos y de los incendios.

Gary parpadeó, mirando a Bartin.

Éste había hablado con la mayor naturalidad. «La época de los asesinatos y de los incendios», había dicho. Como si eso fuera lo más normal del mundo y no tuviese que llamar la atención a nadie.

—¿Qué dice? —susurró el joven.

—Creí que lo sabías.

—No podía saber nada porque en Yuma no se comentan esas cosas. Allí sólo se habla de la comida, de cuándo llegará la libertad y de lo a gusto que se mataría a tal o cual guardián. Y de mujeres… Se habla de mujeres todas las malditas noches.

—Claro, ya lo comprendo… Yo también estuve en presidio de joven, no creas. Y hasta diría que los presidios de entonces eran bastante peores que los de ahora. Pero a la que iba… Desde hace un par de años, todos los rancheros de la comarca vienen siendo asesinados misteriosamente, y a veces sus casas son incendiadas. Una serie de hechos que el *sheriff* no puede esclarecer. Por ejemplo… Mira.

Y señaló hacia el horizonte.

Más allá de la tierra lisa había una cadena de pequeñas colinas. Y detrás de ellas se distinguía ahora un resplandor anaranjado,

irregular, que subía y bajaba, como siguiendo el compás de las llamas. Daba la sensación de que allá a lo lejos un bosque entero estuviese ardiendo.

—¿Qué es eso? —balbució el joven.

Bartin pareció husmear el aíre.

—Hay dos ranchos casi juntos en esa dirección, pero tiene que ser el de Barklay. Sí, el de Barklay… —decidió—. Por lo visto, esta vez le ha tocado el turno a él.

—¿Qué turno?

—Se dice que todo eso es obra de un maniático, Y va escogiendo sus víctimas al azar, como en una especie de trágico juego de ruleta. Al que le toca, le toca.

Gary apretó los labios.

—¿Pero esos ranchos no tienen hombres capaces de disparar? ¿No están protegidos?

—Desde luego que lo están. Pero esas cosas siempre pillan de sorpresa, y nadie hasta ahora ha sido capaz de decir cómo empiezan. Son igual que un huracán…

—¿Pero todos se están quietos y sin hacer nada? ¿No se preocupan de evitar eso? ¿Y el día que le toque a usted?

—Yo estoy bien protegido. Mis hombres son los mejores tiradores de la comarca y vigilan cuidadosamente los límites del rancho. Ese loco, sea quien fuere, no se acercará aquí…

A Gary le asombró y le dolió la indiferencia con que Bartin hablaba de todo aquello, como si fuera un hecho inevitable ante el que nada se pudiera hacer.

Él sabía, bien que los rancheros no se tenían demasiada simpatía por aquellos contornos y que, en el fondo, eran competidores unos de otros. Consecuencia: cada uno iba a lo suyo… Pero de eso a ver con indiferencia cómo un loco actuaba, sin preocuparse para nada de las víctimas, mediaba un abismo.

Gary sintió un impulso repentino. Era hombre de acción, un hombre que no pensaba demasiado y se guiaba por instinto. Por eso se había enfrentado, cuatro años antes, a aquel ranchero que aseguró ultrajaría a Margit. Nunca pensó en las consecuencias, cuando creyó que obraba bien.

Y ahora se lanzó hacía su caballo. No escuchó ni siquiera la voz del viejo.

—Pero ¿qué vas a hacer, muchacho? ¿Estás loco? ¡Te expones a que te maten!

—Si un asesino vuela por ahí, yo procuraré cortarle las alas.

Margit intentó retenerle.

—Esto ocurre todos los años al llegar esta estación. Debe ser un loco que siente el influjo de la luna. ¡No te arriesgues, Gary! ¡Lo único que conseguirás es que te mate!

Pero él ya estaba a caballo y ya había picado espuelas.

Le parecía haber vuelto de repente a los buenos tiempos, cuando vivía libremente en un rancho y cuando su mundo empezaba en un corcel y terminaba en un revólver.

Las colinas estaban más lejos de lo que creía, pero su caballo resistió bien la salvaje galopada. Desde los montículos vio bien el escenario del incendio.

El trigo de los campos estaba ardiendo, junto con los árboles de un pequeño bosque, y, lo que era peor, ardía también el edificio del rancho como si fuera una antorcha.

El joven volvió a picar espuelas y se dirigió hacia allí.

No le importaron gran cosa las cosechas, que ya nadie podría salvar, ni los animales que se habían esparcido por la llanura, huyendo locamente de las llamas. Lo que intentó hacer fue salvar a los habitantes que pudiera haber en el edificio del rancho.

Descendió de su caballo, que relinchaba furiosamente, y buscó entre las ruinas llameantes, exponiéndose a que alguna viga incendiada se le viniera encima. El humo le asfixiaba. Aun así pudo ver tres cadáveres, todos de personas mayores, y escuchó algunos gemidos.

Fue en la dirección en que sonaban éstos.

Tuvo que derribar una puerta y saltar de costado cuando la pared entera se le vino encima. Sufrió algunas quemaduras en la camisa, pero en seguida pudo apagarlas. De un salto, entró en la habitación.

Una muchacha estaba aprisionada entre un mueble y la pared. El mueble era una pesada consola que le había caído encima, aplastándola parcialmente. Con sus solas fuerzas, la muchacha era incapaz de librarse de aquella especie de cepo mortal. Quizá hubiera podido arrastrarse, pero, al parecer, se había roto una muñeca y no conseguía apoyar las manos.

Gary empujó la consola y le envió violentamente al otro lado de la habitación. Luego tendió las manos a la chica.

—¡Cuidado!

Era ella la que acababa de gritar. Otra pared entera se derrumbó, estando a punto de aplastarles. El joven logró cargar a la chica sobre sus hombros y salir de allí dando traspiés.

Apenas podía ver.

El humo le ahogaba y le hacía toser espasmódicamente.

Al fin consiguió alejarse un poco de las ruinas. Dejó a la muchacha en el suelo y él respiró con ansia, tratando de normalizar los latidos de su corazón. Se sentía como si acabara de terminar una carrera de varias millas.

Pero su respiración, que empezaba a ser regular de nuevo, quedó cortada de pronto. Quedó cortada por aquel balazo.

El proyectil pasó entre sus cabellos y le hizo caer al suelo. Gary extrajo su revólver con un movimiento seco, instintivo, que tres años de inactividad no le habían hecho olvidar.

Disparó desde el suelo, mientras todo eran sombras movedizas, que parecían bailar en torno suyo.

El jinete, que estaba a unos veinte pasos de distancia, claramente iluminado por el resplandor de las llamas, no esperaba una reacción tan rápida, o quizá estaba seguro de haberle dado la primera vez. Por eso se confió demasiado y estuvo lento de movimientos al disparar Gary Morton.

El joven no había perdido facultades.

Siempre fue un tirador de primera, un tirador nato, que obraba por instinto. Y ya se sabe que los instintos difícilmente se pierden, y que actúan auténticamente cuando nos rodea el peligro.

El jinete recibió el balazo de lleno, en plena cabeza.

Lanzó un agudo chillido, soltó su revólver y cayó hacia atrás, resbalando de la silla al suelo.

El joven fue hacia él, mientras le parecía oír la voz del alcaide del penal: «Procura no volver a Yuma».

Y dos días después de salir de entre las rejas, él había matado a su quinto hombre…

CAPÍTULO III

El viejo Bartin lanzó un gruñido y miró atentamente la cara del muerto, que Gary había traído hasta el rancho doblado sobre la silla de su caballo.

—No lo conozco —dijo al fin.

Y miró a los hombres de su rancho, varios de los cuales estaban reunidos en la habitación.

—¿Qué? ¿Vosotros lo habéis visto alguna vez?

—Nunca.

—Ni idea.

—Es un perfecto desconocido.

Las respuestas habían sido concluyentes. Bartin miró entonces a Gary.

—¿Cómo fue?

—Muy sencillo. El tipo intentó balearme, mientras yo sacaba a la chica de entre las llamas. Pero falló el primer disparo, y, al parecer, se confió. Entonces pude liquidarlo.

—Pues puede que hayas resuelto el misterio que traía aterrorizada a la comarca, Gary. Quizá éste sea el loco incendiario a quien todo el mundo temía.

—¿Y si no se trataba de un hombre solo?

Bartin carraspeó.

—¿Había más huellas de caballos?

—Seguramente, pero eso no significa nada. Casi todos los animales habían huido de la cuadra y merodeaban por allí. Habían dejado montañas de huellas.

—Pues entonces no se pueden sacar conclusiones, muchacho.

—La única conclusión que yo deseo sacar es muy importante para mí —susurró Gary—. ¿Van a culparme de esa muerte? La

verdad es que no hubo testigos.

Bartin carraspeó de nuevo.

—La bala le entró de frente, eso lo ve hasta un ciego. ¿Crees que en un caso así van a acusarte de asesinato?

—También murieron de frente los otros y, sin embargo, acabé dando con mis huesos en Yuma.

—Eso era distinto. Además…

—… Además tiene un testigo —dijo lentamente una voz, desde la puerta—. O, mejor dicho, dos.

Todos se volvieron en la dirección en que la voz acababa de sonar. Y vieron a un hombre joven alto, delgado, de facciones angulosas, que llevaba al pecho una estrella de *sheriff*.

Aquel hombre estaba mirando a Gary Morton.

—Usted es el de Yuma —dijo.

—… En efecto.

—¿Tiene miedo de que yo le acuse de asesinato por haber matado a este hombre?

—Si usted mismo dice que hubo dos testigos, no tengo por qué temer. Pero la verdad es que no sé quiénes son.

—Uno de ellos era la muchacha. ¿O acaso había perdido el sentido?

—Es posible que no se diera cuenta de nada. Por eso no me he atrevido a mencionarla. ¿Y cuál fue el otro testigo? Estoy seguro de que no había nadie más.

El de la placa señaló su cabeza.

—La bala segó sus cabellos, dejando marcada en ellos una trayectoria que se ve claramente. Eso indica que su enemigo tuvo oportunidad de defenderse, y que, incluso, disparó primero. Por eso puede estar tranquilo, Morton. Nada de acusaciones.

El joven agradeció al *sheriff*, con una sonrisa, aquellas palabras que le devolvían la tranquilidad. Porque, teóricamente, un hombre que había estado en Yuma podía ser acusado de cualquier crimen.

—¿Quién es la muchacha a la que salvé? —murmuró al cabo de unos instantes.

—No lo sé.

—¿Es que no vivía en el rancho?

—Nadie la había visto nunca. Es posible que la recogieran para pasar una noche. En fin, ahora ella no corre peligro, aunque bien se

ve que estuvo a un paso de la muerte. ¿Qué va a hacer, Morton? ¿Va a quedarse en esta zona?

—Es posible que sí.

—En ese caso, cuente con mi ayuda para cualquier cosa que necesite. ¡Ah…! Me llevaré el cadáver y lo tendré expuesto un par de días por si alguien puede reconocerlo. Supongo que no tendrá inconveniente.

—Ninguno, *sheriff*.

El hombre alto y joven hizo una seña a uno de sus agentes, que estaba tras él, junto a la puerta, y los dos salieron.

Gary Morton no podía creer aún en lo que había sucedido. Por lo visto, en pocas horas, se había convertido en un personaje importante, e incluso alguien habló de darle una recompensa. Pero el viejo Bartin le aconsejó que no hiciera caso de todo aquello y que se retirase a descansar.

—Te conviene reponer fuerzas, muchacho… Todo ha sido demasiado precipitado para ti. Mañana hablaremos de las condiciones en que te quedas en este rancho.

—Bien, señor Bartin.

—No hace falta que me llames «señor». Antes me tratabas con más confianza.

—Pero antes las cosas eran distintas. ¿Cuál es mi habitación?

—La que ocupaste en otro tiempo. Está igual.

—Gracias.

El joven conocía perfectamente la casa. Y tenía ahora la sensación de que había sido un sueño los años transcurridos en Yuma. Hizo girar la llave con un gesto maquinal, como tiempo atrás, como si nada hubiese cambiado.

Una sombra suave y cálida se acercó entonces a él, surgiendo de las sombras, y se pegó a su cuerpo.

—Gary…

La voz de la muchacha era trémula, casi ansiosa.

—No te esperaba, Margit.

—Ya has visto cómo están las cosas aquí. No hay paz en esta tierra. Y quisiera que me dieses una respuesta.

—Es un asunto grave, Margit.

—La vida y la muerte siempre son cosas graves. Pero se trata de ti y de mí…

En un susurro, igual que si la voz llegase desde las sombras, la muchacha le aseguró:

—Si te fijas con detalle verás que nada ha cambiado, Gary.

Y lo besó suavemente junto a la boca, desapareciendo con rapidez, como años antes, cuando era una niña que parecía avergonzarse de cualquier cosa.

Gary Morton la vio desaparecer. Y él se mantuvo quieto, conteniendo la respiración.

Porque el contacto de los labios de la muchacha le había producido como una descarga eléctrica.

* * *

—Las tierras no han cambiado —dijo Bartin—. Siguen siendo tan fértiles y agradecidas como siempre. ¿Por qué no das una vuelta? Te gustará recordar los rincones de hace años.

—Creo que lo haré, Bartin.

—Monta mi propio caballo. Está deseando que le den un buen galope.

—De acuerdo.

Mientras lo ensillaba, en el exterior de la cuadra, Margit se acercó a él.

Vestía de amazona y estaba sudorosa, como si viniera de hacer una larga galopada.

—¿Sales, Gary?

—Sí. Quisiera ver el rancho.

—No ha cambiado nada.

—Eso es lo que me ha dicho tu padre. Pero, precisamente, por eso me gustará recordarlo.

Ella hizo un gesto ansioso, acercándose más a él.

—Gap…, no me has dado una respuesta aún.

—Deja que reflexione durante esta mañana. Pero antes me gustaría conocer a ese hombre.

—Creo que pronto lo conocerás. Viene bastante por aquí.

—Y también quisiera saber algo más… Los motivos que tienes para desear su muerte.

—Son muy sencillos. Quiere echar a mis padres de aquí… Si alguien no le mata antes, llegará a apoderarse de todo esto.

Gary movió la cabeza con cierta sorpresa, porque, la verdad era

que no esperaba que el motivo fuese aquél. Hasta entonces siempre había creído que la posición del viejo Bartin era inatacable, y su rancho el más sólido de la comarca.

—Él vive en San Bernardino —dijo la muchacha lentamente—. Se llama Murray.

Y Margit se alejó sin una palabra más, dejando a Gary sumido en un mar de confusiones. De una manera maquinal, el joven montó a caballo y apenas le rozó los ijares con las espuelas.

El corcel demostró que, en efecto, quería que le diesen una buena galopada.

Corrió por todos los rincones del rancho hasta agotarse, y ni una vez obedeció los tirones de rienda de Gary. Después de estar mucho tiempo en la cuadra tenía la boca dura, y el bocado apenas le producía la menor molestia. El joven le dejó hacer al fin. Disfrutaba con aquella galopada, porque le devolvía la sensación de la libertad perdida.

Hasta que, de pronto, las cosas se complicaron. Aquélla, como le habían indicado, no era una zona de paz.

Sonó un disparo entre las colinas.

CAPÍTULO IV

El joven supo inmediatamente que la bala no iba para él. Por eso lo único que hizo fue intentar ladear desesperadamente la cabeza de su caballo.

Pero no llegó a tiempo.

La bala penetró por el costado izquierdo en el cerebro del animal, y éste dio un terrible brinco, cayendo sobre la hierba.

Gary salió despedido, antes de poder hacer nada por evitarlo. Dio una vuelta entera de campana y quedó de bruces en tierra.

Fue a llevar su derecha al revólver, a pesar de todo, pero el disparo se repitió.

Esta vez la bala quedó alojada en la tierra, muy cerca de la cabeza de Gary. Era un simple aviso para que éste no hiciera la tontería de tratar de defenderse. Y el joven lo interpretó bien.

Se estuvo quieto, mientras oía acercarse el rumor de los cascos de varios caballos.

Todo en él hervía de indignación, porque si algo no podía soportar era la muerte de un animal inocente Pero no le quedaba más remedio que estarse quieto, y así permaneció hasta que el rumor de los caballos se detuvo muy cerca de él.

Una voz ordenó:

—Hala, ponte en pie. Queremos ver tu cara.

Gary obedeció, porque no tenía otro remedio.

Vio que le rodeaban cuatro jinetes, uno de los cuales vestía mejor que los otros. Era ése el que le había dado la orden.

Se trataba de un hombre ya maduro, pues debía rondar los cuarenta años. Estaba muy grueso y se adivinaba en él al individuo que sabe vivir bien y gozar de los placeres de la existencia. El rifle que llevaba cruzado sobre la silla aún humeaba, lo que indicaba que

fue él quien había sido el que había hecho los disparos, matando al caballo.

Gary Morton no le conocía, pero le dirigió una indescifrable mirada de odio.

—Parece que no te soy simpático, ¿eh? —susurró el gordo.

—Los asesinos nunca lo son.

—¿Llamas asesino al que mata a un caballo?

—Yo me entiendo.

—Y yo también. Por lo pronto, suelta tu revólver, pero sácalo con dos dedos solamente…, sin bromas.

Gary obedeció también. Su arma cayó a tierra.

—Es un cacharro bastante anticuado —dijo el gordo.

—Pero basta para matar a un cerdo.

—Parece que te estás poniendo muy gallito…

—Quiero saber por qué ha hecho esto.

—Lo comprenderás en cuanto te diga mi nombre.

—Pues dígalo de una maldita vez.

—Me llamo Murray.

El efecto de la sorpresa fue casi fulminante en Gary, que tuvo que echar la cabeza hacia atrás.

De modo que aquel buitre era el que quería casarse con Margit. Al menos, le llevaba veinte años…

Pero tratando de aparentar indiferencia, murmuró:

—No le conozco, Murray. ¿Qué quiere?

—Yo no soy tonto —dijo el otro, sonriendo burlonamente—, y he sabido algunas cosas de ti.

—Que estuve en Yuma, por ejemplo.

—Y que hace años hablabas de casarte con Margit.

—Es cierto.

—Muy bien… Pues ahora quizá te interese saber que Margit es mi prometida.

El joven lanzó una ronca carcajada, una carcajada desafiante que erizó los nervios de Murray.

—¿Desde cuándo una gacela se casa con un cerdo? —preguntó luego—. No harían buena pareja… Incluso dudo que pudieran llegar a tener cerditos.

La frase fue como un latigazo en plena cara de Murray, quien movió el rifle como si fuera a disparar.

Pero al fin se rehízo, mascullando algo entre dientes.

—Si disparase ahora, sería demasiado sencillo para lo que tú te mereces…

—¿Es que me prepara algo extraordinario?

Murray no respondió. Miró al más cercano de sus hombres.

—Tú, Lars, deja tranquilo tu caballo y sube en el de Sharkey.

—Bien, señor.

El cambio se hizo en un instante, quedando un caballo libre. Y Murray miró entonces al joven.

—Sube tú en ése.

—De acuerdo… Veo que es usted un hombre generoso, Murray. Me mata un caballo, pero me regala otro.

—Será por poco tiempo.

El joven ya lo imaginaba, y por eso trató de ver qué posibilidad tenía de huir.

Ninguna.

El terreno era liso, y en cuanto hiciera un movimiento sospechoso los cuatro hombres le acribillarían.

—Sigue hacia la derecha —ordenó Murray.

Y él mismo abrió la marcha. El joven se puso tras él, cerrando la comitiva los otros tres hombres. En resumen, estaba bastante más custodiado de lo que hubiese querido.

Dejaron atrás los límites del rancho, pues todo aquello había ocurrido en las tierras de Bartin.

Atravesaron a continuación una zona improductiva y seguramente libre, porque estaba muy descuidada.

Y llegaron a un terreno yermo donde había un poste, último vestigio tal vez de lo que había sido la portalada de un viejo rancho.

Gary tuvo un mal presentimiento al verlo. El calor se le había metido en la cabeza como una maldición. Las moscas zumbaban en torno suyo y, por un momento, se imaginó que era ya un muerto.

—¡Baja!

La orden de Murray había sido seca y cortante.

A pesar de saber que sus posibilidades de defensa eran nulas, el joven no quiso someterse a aquel mandato, sin luchar antes. Al fin y al cabo, iban a liquidarle igualmente, de modo que más valía morir peleando. Dio un repentino salto y se pegó a un costado del caballo, dejando de ofrecer blanco por unos instantes y tratando de poner el

animal al galope.

Pero Murray disparó dos veces entre las patas del corcel y éste saltó de costado, dominado por el pánico, con tal violencia que hizo perder al jinete su difícil equilibrio.

Apenas Gary Morton había caído al suelo, cuando ya se sintió ceñido por un lazo que uno de sus enemigos había lanzado con indudable maestría.

Lo arrastraron hasta el poste, y una vez allí, inmovilizado como estaba, ya fue un juego de niños el dejarle bien sujeto.

Los jinetes extrajeron entonces los látigos que llevaban enrollados y colgados de sus sillas.

—¡Cuando te encuentren estarás deshecho! —aulló Murray—. ¡Los buitres habrán acabado contigo!

Fue él quien descargó el primer golpe.

La tira de cuero rasgó las ropas del joven y llegó hasta su piel. Gary se mordió los labios salvajemente para contener el grito que ya tenía en su garganta.

Pero aquello era sólo el principio de lo que le esperaba.

Los cuatro jinetes hicieron una extraña «rueda», como indios que cercan una posición. Iban rodeando el poste al galope, y cada vez que uno de ellos pasaba por delante de Gary Morton, descargaba su látigo sobre el cuerpo del joven.

Éste se había destrozado los labios de tanto morderlos para contener sus gritos. Sus ropas estaban destrozadas, y ahora los latigazos caían directamente sobre su piel, que sangraba por todas partes. Pensó desesperadamente que trataban de matarle de aquel modo.

Pero la resistencia humana tiene un límite. Cuando estaba materialmente cubierto de sangre, perdió el sentido.

Eso no le impidió oír, aunque de una forma muy lejana, las palabras de sus enemigos…

—¿Lo terminamos, jefe?

—Con un poco de agua podríamos reanimarlo y seguir la fiesta.

—Pero aquí no hay agua. Es una lástima que no hayamos pensado en eso.

La voz de Murray decidió:

—Dejadlo. El olor de la sangre atraerá a los buitres. Antes de la noche habrán acabado con él.

Se oyó una carcajada.

—Y lo peor será que se dará cuenta…

El joven oyó de una manera muy lejana, como si la cosa no fuese con él, el ruido de los cascos de los caballos al alejarse.

Al cabo de unos instantes abrió los ojos.

El sol parecía metérsele en la cabeza, haciéndole recordar los campos desolados que rodeaban el penal de Yuma. Sentía un dolor terrible en todo el cuerpo, como si éste se hubiera convertido en una enorme llaga. Y notó que su sangre resbalaba hasta el suelo.

Intentó liberarse, pero no pudo. Estaba bien sujeto, y, además, le fallaban las fuerzas.

Al cabo de una media hora, que se le hizo insoportable, vio revolotear en el cielo el primer buitre.

Era el observador, el vigía de la manada.

Dentro de poco sus enemigos llegarían. Se irían acercando tímidamente al principio y, luego, con más insolencia, oteando el terreno. Y en aquella soledad espantosa nadie les molestaría.

El joven hundió la cabeza sobre su propio pecho, comprendiendo que todo esfuerzo era inútil.

Nunca hubiese imaginado que iba a morir así. Nunca pensó que al salir de Yuma se encontraría con aquello.

Alzó la cabeza de nuevo, y entonces vio que no sobrevolaba un buitre, sino dos.

Pronto llegarían los otros.

Volvió a hundir la cabeza sobre el pecho y trató de no pensar en nada, de olvidar la muerte que ya le estaba rondando, y que le parecía más cruel por el hecho de que era incomprensible.

Los graznidos de los buitres le sacaron de su relativo ensimismamiento. Miró, ante sí y vio que ya le rodeaba una auténtica manada. Y todos se disponían a atacar, comprendiendo que no podía defenderse.

Uno de los más gigantescos se lanzó el primero. Gary trató de ocultar la cara, comprendiendo que, ante todo, el repulsivo animal trataría de arrancarle los ojos.

En aquel momento sonó un disparo.

El buitre cayó fulminado, con un repentino batir de alas. Sus compañeros, asustados, emprendieron un vuelo perezoso y cobarde, desapareciendo en el espacio.

Gary Morton miró atónito ante sí, sin comprender aún que seguía vivo.

Alguien se acercaba al galope.

Vio a la muchacha sin poder creerlo aún. Margit llevaba el mismo traje de amazona con que la había visto a primera hora de la tarde, y en su derecha humeaba un revólver.

Descabalgó ante él, guardando el arma.

—¡Gary!

Él alzó la cabeza, tratando de sonreír. Pero únicamente consiguió que sus labios dibujaran una mueca.

—Creo que tengo que darte las gracias, muchacha…

—¿Qué ha ocurrido?

—Murray…

—¡No es posible!

—¿Por qué te parece… tan imposible?

—Porque él es un cobarde. Nunca hubiera podido hacer eso contigo, de hombre a hombre.

—Bueno…, ellos… eran cuatro.

—Imaginaba una traición así. El muy perro…

—¿Cómo has venido, Margit?

—He salido a ver unas reses y me he topado con tu caballo muerto. Luego, no he tenido más que seguir las huellas. Pero no he podido averiguar cuántos jinetes eran.

Gary Morton, que se sentía al borde de sus fuerzas, trató de sonreír nuevamente.

—Ya te he dicho que eran cuatro… Y, por cierto… Ese tipo no hace muy buena pareja contigo, Margit.

—Lo sé. Y están locos si creen que voy a casarme con él.

—¿Quién te obliga a hacerlo?

—Ya hablaremos de eso, Gary. Ahora, lo más importante es sacarte de aquí.

La muchacha deshizo los nudos de las ligaduras, y el joven, que colgaba materialmente del poste, cayó a tierra.

El dolor aumentaba. A cada minuto transcurrido iba sintiéndose peor.

—Te llevaré al rancho —ofreció Margit—. Monta en mi caballo y yo iré a la grupa.

—No, Margit. Te pondría perdida de sangre, si montásemos

juntos. Más vale que me dejes en un sitio donde haya sombra y vayas a buscar otro caballo. Mientras tanto, descansaré.

El joven dijo aquello para no pasar por la vergüenza de caer a tierra durante el viaje. Porque no estaba demasiado seguro de poder mantenerse sobre la silla.

Margit accedió.

—Puedes aguardarme debajo de aquellos árboles.

Caminaron hasta allí, y luego ella partió al galope. Gary Morton cerró los ojos, sintiendo que su mirada se nublaba. Pero cuando Margit volvió con refuerzos, una hora más tarde, empezaba a sentirse mejor.

Los vaqueros que le ayudaban empezaron a lanzar maldiciones.

—¡Maldito cobarde ese Murray! ¡Matar a un caballo tan hermoso!

—¡Era de lo mejor que teníamos en nuestras cuadras!

—¡Un potro sensacional! ¡Hubiera valido la pena emplearlo como semental, y ese cerdo lo ha matado!

En resumen; todo el mundo se preocupaba del caballo, pero nadie dedicó una sola palabra, a excepción de Margit, a la piel triturada de Gary Morton.

Éste masculló:

—Bueno…, la próxima vez me vestiré de caballo, para ver si me hacéis caso.

—Tiene razón. Pobre muchacho… ¡está hecho polvo! Pero no puede compararse a un caballo como aquél.

Cuando al fin Gary se encontró tendido en una de las camas del rancho, respiró un poco más tranquilo.

Permaneció tendido de espaldas, porque lo que le habían castigado era el pecho y la parte delantera de los hombros. El viejo Bartin, después de lanzar mil maldiciones por la muerte de su caballo, dijo, como de pasada, que había que aplicar aceite a las heridas del joven. Y se largó.

Para dominar mientras tanto los dolores de Gary, le dieron a beber dos vasos de *whisky*. Y como el joven llevaba tres años sin probar apenas el alcohol, los efectos fueron fulminantes. Al cabo de unos minutos, quedaba sumido en una especie de pesada modorra.

Salió de ella cuando notó el contacto de unas manos suaves sobre su piel.

Al abrir parcialmente los ojos, vio con sorpresa que la persona que le aplicaba aceite sobre las heridas no era Margit, sino otra muchacha que al principio le pareció una desconocida. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para recordar dónde la había visto por primera vez.

Al fin sus ideas se perfilaron.

—Tú estabas… en aquel rancho…

—Así es, señor. Y usted me salvó.

—¿Por qué haces esto?

—Porque soy la que sabe hacerlo mejor. Durante algún tiempo estudié con un médico.

En efecto, las manos de la muchacha se movían con una dulzura y una habilidad sorprendentes. Poco a poco, Gary Morton iba sintiéndose mejor.

—Creo que no sé tu nombre —susurró instantes más tarde.

—Me llamo Nora.

—¿Eran tus padres los que estaban en el rancho incendiado?

—No. Ellos me habían recogido. Yo iba hacia San Luis cuando fue asaltada la diligencia y pude escapar de milagro. No tengo padres, sino solamente un tío que vive en aquella ciudad, en San Luis.

La mente de Gary se iba serenando poco a poco. Ahora recordaba con precisión lo sucedido en el rancho. Miró a Nora y se dio cuenta de que ésta debía tener unos veinte años. Le habían dado unas ropas de Margit que le sentaban muy bien, porque ambas eran de parecidas proporciones. Nora también era rubia, pero tenía las facciones quizá algo más suaves que las de Margit.

—Tengo interés en averiguar qué fue lo que sucedió realmente allí —susurró Gary—. ¿Cómo empezó todo?

—Apenas nos dimos cuenta de lo que ocurría. Estábamos durmiendo. De pronto, cuando despertamos, ya las llamas nos rodeaban por completo, intenté huir, pero una pared se derrumbó y me arrojó aquella cómoda encima. No podía moverme… Hubiese muerto, sin duda, de no haber llegado usted.

—Pero los caballos debieron relinchar al sentir el calor de las llamas… ¿No os despertó eso?

—Yo he pensado también en una cosa así —musitó Nora—. La verdad es que debíamos habernos despertado y, sin embargo, eso no

ocurrió. Creo que el que hizo eso debió sacar a los caballos antes de provocar el incendio. No para que los pobres animales se salvasen, sino para que nosotros no nos diéramos cuenta de nada.

—¿Tenían enemigos los dueños del rancho?

—Les conocía poco, porque llevaba sólo algunos días con ellos, pero me parece imposible que alguien les odiara. Todo eso es obra de un maniático. Pero no creo que se repita ya, puesto que usted lo mató.

Gary susurró:

—Ojalá…

Pero no estaba demasiado convencido.

Algo le decía que las cosas nunca son tan sencillas.

—Tiene que ser un maniático —murmuró ella, como si adivinara sus pensamientos—. Si no lo fuese, ¿por qué ataca siempre durante ciertas épocas del año?

—Es posible que tengas razón.

La muchacha había terminado su trabajo y ahora estaba vendando con mucha habilidad las heridas de Gary.

—¿Cómo se siente?

—Ahora, mucho mejor.

—Tendrá que estar, al menos, un día entero en cama. Quizá no se da cuenta, pero ha perdido mucha sangre.

Gary susurró para sí mismo:

—Un día entero…

De todos modos, podía esperar. Murray no iba a largarse de la ciudad, ni mucho menos.

Tendría tiempo sobrado para encontrarle… y para matarle como a un perro.

CAPÍTULO V

El viejo Bartin entró a verle un par de veces, pero no se mostró demasiado explícito. Se limitó a preguntarle cómo estaba y a lamentar la muerte de su caballo. Le trajo también una botella de *whisky* y le aconsejó que la vaciara, pues, según el ranchero, las heridas había que curarlas, sobre todo, por dentro.

Margit entró una vez, pero se mostró distanciante y algo reservada, Dijo que ya hablarían al día siguiente.

Veinticuatro horas más tarde, Gary Morton, aunque aún había de llevar el tronco vendado, ya se sentía mucho mejor y estaba dispuesto a presentar batalla a Murray.

En eso no quería perder tiempo.

De modo que se presentó ante el ranchero Bartin y le pidió un revólver.

—¿Para qué lo quieres, muchacho?

—Para vengarme.

—Hombre, la venganza es una cosa muy mala. Lo que tienes que hacer es olvidar.

—Bueno, pues entonces démelo para una cosa completamente distinta.

—¿Para qué?

—Para vengar a su caballo.

—Ah, eso es distinto. Toma.

Y le largó un «Colt» 45 recién limpio y engrasado que era una auténtica maravilla.

Gary lo probó unas cuantas veces, metiéndolo en la funda y sacándolo de ella con la máxima rapidez.

El ranchero le miraba.

—Vas a matar a Murray, supongo.

—Y supones bien. Pero quiero saber antes si eso le ofende a usted. No olvido que es el prometido de su hija.

—Es el prometido de Margit, pero no el mío, de modo que yo nada voy a decirte. En todo caso, pregúntaselo a ella.

—Lo haré.

Gary se dirigió a las cuadras para buscar otro caballo, pero en la puerta de éstas se encontró con Margit, que vestía ya de amazona y estaba a punto de montar.

—Sabía que vendrías —dijo.

—¿Es que tú también vas a San Bernardino?

—Yo voy a donde vayas tú.

Gary la miró detenidamente, sin ocultar su sorpresa.

—Quizá imaginas a lo que voy —murmuró.

—Lo supongo; a matar a Murray.

—¿Y no te importa?

—¿No te he dicho ya cien veces que lo estoy deseando?

—Pero me gustaría que me explicaras algunas cosas, Margit. En primer lugar, no hay quien te obligue a casarte con él.

—Precisamente, te acompaño porque quiero hablarte de ello —murmuró la muchacha.

—Muy bien. Entonces vamos.

Se dirigieron a San Bernardino. La ciudad estaba animada y llena de alegría a aquella hora. Se veían a muchos mexicanos procedentes de la Baja California, con sus anchos sombreros y sus mantas multicolores plegadas sobre el hombro. Muchas hermosas mujeres paseaban por los porches, pero Gary hubo de reconocer que muy pocas, o quizá ninguna, podían compararse a Margit.

Se detuvieron ante un saloon que tenía aspecto de ser el mejor de la ciudad, y que a Gary le pareció un estupendo observatorio. Si Murray o sus hombres estaban en San Bernardino, no dejarían de pasar por las inmediaciones de aquel local.

Dentro sonaba una lenta música de guitarra. Los dos jóvenes se sentaron ante una mesa, cerca de la puerta y de la larga barra de caoba, muy concurrida.

Allí, Margit susurró:

—Quizá le extrañe que yo quiera terminar con Murray, cuando me bastaría darle una negativa. Decirle, sencillamente, que no quiero casarme con él.

—Ésa es la primera cosa que me extraña, realmente.

—Es que tú no conoces a Murray. Del mismo modo que quiso eliminarte a ti, y no tuvo escrúpulos para hacer lo que hizo, eliminaría a mi padre.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Completamente.

—¿Ha llegado a amenazarte con eso?

—Me ha dicho bien claramente que si no accedo a casarme con él, mi padre lo pagará.

—¿Y tu padre lo sabe?

—No. Él no sospecha nada. ¿Para qué voy a amargar su vejez? Solamente le extraña que yo haya aceptado, aparentemente, el amor de un hombre como Murray. Pero quiere respetar mi libertad, y no se opone a unas relaciones que cree voluntarias.

Gary asintió con un gesto de cabeza.

—Voy comprendiendo, Y no has encontrado más salida que tratar de deshacerte de él.

—Exactamente.

—En ese caso, te prometo que satisfaré tus deseos, Margit. Y que, además, los satisfaré con mucho gusto.

Ella hizo un mohín, rehuyendo su mirada.

—De todos modos…, quisiera decirte una cosa, Gary. Hasta ahora, Murray, que es un ranchero muy acomodado, no había empleado pistoleros. Contigo los empleó; vino con tres hombres, según me dijiste. Y eso puede significar la muerte para ti, porque es completamente seguro que no vas a encontrarle solo.

—Eso me preocupa bien poco. Si Murray se hace acompañar, es porque se trata de un cobarde.

—Pero a veces son los cobardes los que sobreviven, Gary, mientras los valientes bajan a la tumba.

—¿Estás intentando decirme que debo olvidarme de tu petición?

—No desearía que lo hicieses. Con toda mi alma, quiero que ese hombre muera. Pero trato de advertirte que acabar con él es mucho más peligroso de lo que tú crees.

—Repito que no importa. Los hombres que me ataron a un poste para que los buitres acabasen conmigo, van a lamentar cien veces el haber nacido.

En aquel momento, como si sus palabras fueran un conjuro, vio

entrar alguien en el saloon.

Lo reconoció al instante.

Era uno de los tres hombres que acompañaban a Murray el día anterior, uno de los que le habían dado la brutal paliza.

El pistolero no le vio a él. Se situó en la barra a poca distancia de una mesa donde un tahúr de mediana edad, alto y elegante, sostenía una verdadera batalla a los naipes con un vaquero.

Gary miró fijamente al hombre a quien pensaba matar, y que aún no había advertido su presencia.

Pero en aquel momento, justamente en su línea de tiro, el vaquero que jugaba con el tahúr se puso en pie e increpó a éste:

—¡Tramposo!

El tahúr le miró con una calma glacial.

—¿Me está insultando, amigo?

—¡Sólo le digo que no volverá a engañar a nadie más! ¡Y que le voy a barrenar la cabeza de un balazo!

Hizo gesto de sacar el revólver, pero el tahúr fue más rápido.

Con un velocísimo movimiento, que resultó casi imposible seguir con los ojos, extrajo un «Derringer» que llevaba oculto bajo su levita, en una funda axilar.

El disparo hizo que el vaquero soltase el revólver, que ya tenía en la derecha, y se llevara ambas manos al corazón. Cayó pesadamente sobre la mesa, volcándola.

No hacía falta ser un lince para comprender que estaba muerto. Y el tahúr dejó de fijarse en él.

—Lo siento, señores —dijo—. Ya vieron todos ustedes que me acusó y trató de disparar primero.

Nadie opuso la menor objeción a aquella frase.

Eran frecuentes aquellas situaciones en el sur de California. Y la única reacción de los que estaban cerca consistió en retirar el cadáver para que no estorbase.

Gary estuvo tentado de intervenir, dando al tahúr su merecido, porque acababa de ver, sobresaliendo muy levemente por debajo de la manga izquierda de éste, la punta de un naipe.

Pero calló, porque tenía algo mucho más importante y personal de qué preocuparse.

El pistolero de Murray le estaba mirando. Al volverse para ver lo sucedido, se había dado cuenta de su presencia.

Pareció asombrado.

Hizo un gesto de estupor y fue acercando poco a poco su derecha al revólver, sin retirar su mirada de los ojos helados de Gary Morton.

Éste se había puesto en pie, ya separándose de la muchacha para que no corriera peligro al desencadenarse el vendaval de plomo.

El pistolero farfulló:

—Vaya… Veo que te has recuperado muy pronto.

—No lo estoy del todo.

—Sí… Ya veo que te mueves con rigidez. Vas vendado, ¿eh?

—Casi hasta el cuello.

—Fue una bonita paliza…

Gary dijo con corrosiva suavidad:

—Y será una bonita muerte.

—¿Lo dices por mí?

—Si quieres enterarte mejor, te escribiré una carta.

El pistolero rechinó los dientes.

Estaba seguro de vencer a un hombre que no podía apenas flexionar la cintura. Por eso gritó:

—¡Basta de palabras! ¡Muévete, imbécil!

Y tiró de la culata, que sus dedos estaban rozando en aquellos momentos.

Pero Gary, a pesar de que, efectivamente, podía moverse sólo con dificultad, no necesitó en esta ocasión flexionar la cintura ni desplazarse de costado. Sólo su codo derecho tenía que funcionar, y ése lo hizo con la precisión de un resorte. El «Colt» 45 apareció en su derecha antes de que el enemigo llegara a sacar totalmente el suyo. Se oyó un solo disparo y el pistolero cayó hacia atrás, dando la sensación de que iba a quedar materialmente clavado en la barra.

Resbaló poco a poco.

Una mancha de sangre había aparecido en su camisa, a la altura del corazón. Quedó sentado en el suelo, muerto, con el revólver aún en la derecha.

Se oyó un murmullo de asombro, porque el disparo de Gary Morton había sido magistral.

El dueño del saloon, un californiano gordo, con bigotes de foca, se acercó haciendo aspavientos.

—Por favor, señores, despejen el local, o van a matarme a toda

la clientela. ¿Quién pagara ahora lo que se ha bebido ese tipo?

Y señaló el cadáver con expresión compungida, como si pensara en lo mal aprovechado que está el licor cuando va a parar al estómago de un muerto. Pero en ese momento la voz de Margit, gritó:

—¡Cuidado!

Gary se volvió con rapidez fulminante. Pero en el mismo momento de hacerlo, comprendió que ya no llegaría a tiempo.

Un hombre a quien también conocía, el segundo de los pistoleros de Murray, le apuntaba desde la puerta.

El joven llevó la derecha al revólver que acababa de guardar, mientras le parecía sentir ya en la piel la quemadura de la bala.

No podría evitar que el otro disparara antes. Estaba perdido.

De pronto sonó un estampido.

El pistolero cayó hacia atrás, lanzando un grito ronco, mientras sus facciones se cubrían de sangre.

Empujó los batientes con la espalda y quedó doblado sobre la entrada sin hacer un movimiento más. La bala, de una perfecta precisión, le había atravesado el cráneo.

El dueño del local farfulló:

—Menos mal… Éste no había bebido nada.

Pero Gary Morton no le oyó. Su mirada estaba fija en el hombre que acababa de salvarle la vida. Vio con sorpresa que era el tahúr a quien antes atrapó haciendo trampas y que, a su vez, había matado al vaquero que le acusó.

Debía ser un tipo de lo menos recomendable, pero Gary no podía negar que acababa de salvarle la vida.

—No tengo más remedio que darle las gracias —dijo el joven—. Me ha salvado la vida.

El tahúr rió silenciosamente y luego sopló en el cañón de su «Derringer».

—No tiene importancia —murmuró—. Al fin y al cabo, aún me sobraba una bala.

CAPÍTULO VI

Fue Margit la primera en no poder soportar la tensión que se había formado en el local. Se puso en pie, con un movimiento nervioso, y suplicó a Gary:

—Vámonos. No puedo seguir más tiempo aquí.

—De acuerdo… Vamos.

Dejó medio dólar sobre la mesa y se dirigió a la puerta. Margit, al caminar en la misma dirección, estuvo a punto de chocar con una mesa volcada.

El tahúr la apartó cortésmente.

—Perdone, señorita.

Y salió con ella. Gary les miró a los dos desde la puerta, con los ojos entrecerrados.

—Amigo —murmuró—, ¿qué puedo hacer por usted?

—Una cosa muy sencilla… Presentarme a la chica.

—Pues… Bueno, no hay inconveniente. Ella es la señorita Margit Bartin. Su padre tiene un gran rancho muy cerca de aquí.

—Lo he oído nombrar. Un rancho de los más ricos de la comarca; y muy bien aprovechado.

—En efecto. Bartin es tan trabajador como gruñón. Y las tierras que posee son buenas.

El tahúr sonrió, siempre mirando a Margit, como si Gary, a quien sin embargo acababa de salvar la vida, no existiera.

—¿Puedo preguntarle algo indiscreto, señorita Bartin?

—Según lo que sea.

—¿Cuál es la edad?

—Ésa es la pregunta más indiscreta que se le puede hacer a una mujer.

—A una mujer, sí; pero a una muchacha, no. Usted es tan joven

que, sin duda, puede confesar sus años.

—De acuerdo. Tengo veinte.

—Una maravillosa edad para casarse. ¿Me permiten que les invite a una copa?

Ella miró a Gary, como consultándole con los ojos.

Gary negó con una sonrisa cortés.

—No creo que ninguno de los dos tengamos ganas de beber, después de lo que ha sucedido.

—Pues yo sí —dijo el tahúr—. Yo nunca pierdo la sed ni las ganas de vivir. Por cierto, creo que no me he presentado. Me llamo Jim Bedford, pero la gente me conoce mejor por Corazones Jim, debido a… Bueno, debido a mi actual profesión. Mi jugada favorita es el color de corazones.

—Ya he notado que es usted un tahúr —dijo Gary suavemente —. Y no lo tome como una ofensa.

—¡Oh, no…! Yo nunca me puedo ofender, porque me digan lo que soy.

—Pues cuando aquel vaquero le dijo lo que era, usted se ofendió mucho.

Corazones palideció, aunque fue solo por un momento.

—¿A qué se refiere, amigo?

—A lo de tramposo.

—Es que no lo soy.

—No digo lo contrario, pero esta vez lleva medio naipe asomándole por la manga izquierda. Creo que en lo sucesivo deberá tener más cuidado, si quiere ganar algún dólar… y, sobre todo, si quiere seguir viviendo.

Corazones se miró la manga izquierda. Y, de repente, lanzó una carcajada.

—Tiene razón, amigo. Creo que estoy perdiendo facultades.

Guardó el naipe en uno de sus bolsillos y añadió:

—Pero no me juzgue mal. No he matado a aquel vaquero porque me llamara tramposo, sino porque iba a convertirme en un fiambre. Ustedes vieron que lo primero que hizo fue sacar el revólver.

—Si está intentando disculparse —dijo Gary, suavemente—, por mí no lo haga. Yo no soy quién para juzgarle. Me ha salvado la vida y, por tanto, no puedo ser imparcial.

—Una cosa puedo garantizarle. No voy por ahí matando a la

gente. Si lo hiciera, se me acabaría la clientela. Yo dejo a la gente sin dólares, pero no sin pellejo, ¿me entiende?

—Perfectamente.

El tahúr hizo un ceremonioso saludo, quitándose el sombrero.

Conservaba aún una perfecta cabellera y no tenía más que unas leves canas que contribuían a darle un aspecto distinguido. Era una especie de galán maduro que aún podía seducir a muchas mujeres. Y quizá tenía más éxito que muchos jovencitos, pensó Gary, porque las hembras tienen gustos muy variables y, a veces, se dejan atraer por las cosas más insospechadas. Como por ejemplo, la picardía que se desprendía de cada uno de los gestos de Corazones Jim.

—Me despido de ustedes —dijo—, pero espero tener el honor de volver a verles pronto. Sobre todo a usted, señorita…, en el caso de que no sea la novia de mi buen amigo.

—No lo soy.

—No sabe cuánto celebro que esté usted libre.

—Es que tampoco lo estoy.

—¿Ah, no?

—Estoy prometida, aunque muy relativamente, a un hombre bastante conocido aquí. Se llama Murray.

Corazones palideció un instante. Pareció perder su flema habitual.

—Murray… —susurró—. Sí, claro que es conocido. Lo he visto jugar a veces en ese mismo local. Apuesta fuerte el tipo. Debe tener mucha plata.

—La tiene.

—En ese caso, no es justo que la tenga también a usted —dijo Corazones galantemente—. Hasta pronto, señorita. Espero tener pronto el honor de saludarla otra vez.

Dio media vuelta y se dirigió hacia otro saloon, donde quizá podría ligar otra partida si tenía suerte.

Pero la expresión del jugador ya no era la misma. Una luz extraña, inquieta, brillaba en sus ojos.

Gary Morton ayudó a subir a la muchacha a la silla de su caballo, y luego montó él.

Partieron al trote, llevando las monturas muy juntas.

—Me parece que ese tipo es un sinvergüenza —dijo Margit, al cabo de unos minutos de silencio.

—Desde luego.
—Pero un sinvergüenza simpático.
El joven desvió la cabeza hacia ella.
—¿Te gusta?
Margit rió.
—Más bien podría decirse que le gusto yo a él.
—Sí, eso he notado.
—Por lo visto, soy el tipo que prefieren los hombres maduros. No me dejan en paz.
—Ése debe tener la edad de Murray.
—Pero está mucho mejor conservado. Y es atractivo.
—Ya, ya…
—¿Te sabe mal lo que digo, Gary?
—No. ¿Por qué iba a saberme mal?
—Una no tiene la culpa de gustar a los hombres maduros… y quizá también a alguno que no lo es.
Y le miró significativamente. El joven sintió que la mirada de la muchacha era como una caricia cálida, inquietante, sobre su piel.
—Tú sabes que me gustas, Margit.
—Espero que pronto… puedas decírmelo de otro modo.
—Sabes perfectamente que no soy más que un ex presidiario. Y tú eres una rica heredera.
—¡Qué tontería! Esa hombre se ha permitido galantearme, y, sin embargo, no era más que un tahúr.
—Quería intervenir —susurró el joven—, porque sus palabras me molestaban. Pero no lo he hecho porque, al fin y al cabo, no soy nada tuyo.
—Lo fuiste.
—De aquello hace mucho tiempo ya —murmuró amargamente él—. Las cosas eran distintas, entonces.
—En la vida todo vuelve —dijo ella, pensativamente—. Todo puede ser igual que antes otra vez.
Y sin esperar su respuesta, clavó espuelas, lanzando el caballo al galope en dirección al rancho.
Gary Morton la siguió, pero a distancia.
Estaba pensativo.
Se decía que había matado a dos de los pistoleros de Murray —eso sí, con la apreciable ayuda de Corazones Jim—, y que, por

tanto, estaba muy cerca de consumar su venganza. Pero dudaba que Murray se enfrentase cara a cara con él.

Tenía que obrar con mucho cuidado, porque la traición acecharía a partir de aquel momento.

CAPÍTULO VII

El viejo Bartin encendió de nuevo su pipa, mientras murmuraba:

—Ya has visto el rancho. Es magnífico, ¿no? Una tierra que parece una bendición de Dios. Pero siempre me ha dolido no tener un heredero, alguien que continuara cuidándolo después de mi muerte. Porque yo quiero esta tierra, ¿sabes? Y me duele pensar que un día puede caer en manos extrañas, unas manos que no la trabajarán y no la cuidarán como se merece.

Exhaló una bocanada de humo y miró a Gary.

—Incluso, al quedar viudo, pensé casarme otra vez —explicó—. Me ilusionaba la idea de tener un hijo varón. Pero a última hora me dio vergüenza. Pensé que ya era demasiado viejo para buscar una chica que quisiera darme un heredero. Y ya ves…

—Tiene usted una hija, Bartin.

—Pero es sólo una mujer… Y me hubiera gustado que se casase contigo, Gary. Hubiese sido como tener un hijo.

Él miró hacia el horizonte.

Estaban los dos sentados en el porche delantero, a la hora incierta del anochecer, y los últimos rayos del sol teñían de rosa el contorno de las colinas.

—¿Por qué consiente que Margit sea la prometida de un tipo como Murray? —preguntó de repente.

—Yo no lo consentí; fue ella.

—Pero le dobla la edad… ¿Me le hizo ninguna reflexión?

—Claro que se las hice… Y hay algo que tú no sabes, muchacho; Margit tiene la cabeza muy dura. Cuando una cosa se le mete entre ceja y ceja, no hay modo de disuadirla. De modo que empezó a salir con ese hombre, y yo me resigné. Una cosa que nunca haré será indicar a mi hija el hombre que tiene que gustarle.

Gary se mordió el labio inferior. Comprendía muy bien los motivos de la «cabeza dura» de Margit. Aquel cerdo de Murray la había amenazado con matar a su padre si no cedía. Y como en aquellas tierras imperaba cualquier cosa menos la ley, Margit había creído mejor ir fingiendo un cierto cariño, mientras buscaba la forma de deshacerse de Murray. Pero de eso su padre no sabía una palabra.

—Por descontado, ahora no pondrá los pies aquí —gruñó el viejo—. Si se acerca a los límites del rancho, le balearé con mi mejor rifle. ¡El muy maldito! ¡Atreverse a matar a mi mejor caballo!

Gary asintió lentamente.

Se sentía mejor, después de haber transcurrido otro día entero desde los sucesos de San Bernardino. Y estuvo a punto de decir al viejo algo de lo que sucedía, pero en el último momento decidió callar.

Ya se iría enterando Bartin de las cosas por la simple marcha de los acontecimientos.

De pronto, el joven se envaró en su asiento.

Le parecía que por el lado de la colina que estaba más a la izquierda, el resplandor del sol era distinto.

—Bartin…

—¿Qué?

—Fíjese en aquella colina. ¿Le parece normal el resplandor del sol?

El viejo se encaró también.

—¡Diablos, no! ¡Es otro incendio!

—Voy a ir, Bartin.

—Yo te acompañaré con varios hombres. Tengo los mejores tiradores de la comarca.

—No, no lo haga. Su presencia sería muy notada. En esos casos resulta mucho más eficaz un hombre solo.

—Pero…

—Déjeme hacer a mí, Bartin.

—Es el rancho de Chuck. Tiene que ser ése por fuerza. Oye…, entre las colinas encontrarás un sendero que te llevará hasta él casi en línea recta.

—Bien.

Gary Morton fue a la cuadra, eligió el mejor caballo y partió al

galope. Sentía en el costado derecho el tranquilizador contacto del «Colt» 45, y sentía en el corazón algo mucho más peligroso: el deseo de usarlo.

No tardó más que unos treinta minutos en avistar el rancho. Como en el caso anterior, las cosechas habían sido arrasadas. Y la casa ardía como una pavesa.

A pesar de que su caballo estaba muy cansado, el joven clavó espuelas salvajemente y le obligó a galopar de nuevo.

Vio confusamente, al resplandor de las llamas, que dos jinetes perseguían a dos niños que habían logrado escapar del incendio. Incluso oyó la voz de uno de ellos:

—¡Deja! ¡Yo los liquidaré!

—¡Emplea el rifle!

—De acuerdo… ¡Allá voy!

Pero el que «fue» resultó ser Gary Morton.

Había detenido su caballo y sacado su «Colt». Aunque la distancia era muy larga para el disparo con revólver, él tenía mirada de lince, y su pulso no temblaba en absoluto.

Apuntó al tipo del rifle.

Hizo fuego dos veces, y el asesino se fue de cabeza al Valle de Josafat, sin enterarse de lo que ocurría.

Gary rió suavemente.

Vio que el otro individuo se volvía hacia él, haciendo girar su caballo, y también le saludó con plomo.

Dos balas más.

El jinete cayó pesadamente, lanzando un grito de sorpresa y de horror al mismo tiempo.

Gary picó espuelas de nuevo y se dirigió al galope hacia los dos pequeños, que se habían abrazado uno al otro y le miraban aterrados.

El joven descabalgó.

Los niños llevaban ropas de dormir. No era extraño, porque la gente, en los ranchos pobres, se acostaba muy temprano para aprovechar íntegramente las horas de luz de la próxima jornada. Calculó que tendrían siete y cinco años.

—No temáis, no voy a haceros nada… ¿Dónde están vuestros padres?

—En… en la casa.

Era el mayor el que había hablado. Los sollozos entrecortaban su voz.

Gary miró hacia el edificio y comprendió que ya no podía haber la menor esperanza para sus habitantes. Si habían sido sorprendidos, como todo parecía suponer, ya estarían muertos en estos instantes.

Tragó saliva penosamente.

—¿Cuántos vivíais allí?

—Sólo… papá y mamá.

—¿Ningún hermano más?

—No…

Gary apretó los puños. Afortunadamente había llegado a tiempo de salvar a los dos niños. Pero un minuto más de retraso y…

—Estábamos escondidos… —susurró el mayor—. Hasta que el fuego nos obligó a salir y… esos hombres nos vieron.

—No tengáis miedo. Ya no os podrán hacer ningún daño.

Se acercó a los caídos.

Ahora ya sabía algo más. Ahora sabía que aquello no era obra de un maniático, sino de un grupo organizado.

Notó que uno de sus dos enemigos se removía. Al parecer, las balas no le habían matado instantáneamente.

Trataba de levantar su revólver, mientras rechinaba los dientes espasmódicamente.

Gary no vaciló. Como el que mata a un perro rabioso, le clavó en la cabeza las dos últimas balas de su cilindro.

Lo hizo por dos razones: la primera, por defenderse; la segunda, porque le había reconocido.

Era el tercer pistolero de Murray. Era el único que quedaba vivo —descontando el propio Murray—, de los que le dieron tormento con sus látigos.

Miró también al otro, pero no le reconoció. Era un tipo de aspecto canallesco que, sin embargo, no trajo a su memoria el menor recuerdo.

Lo que sabía ahora era tan importante que le hacía estremecer. Y decidió no perder tiempo.

Como tener a los pequeños allí era más cruel para ellos, los hizo montar a los dos en el caballo de uno de los muertos.

—¿Sabes mantenerte en la silla? —preguntó al mayor—. ¿No te

caerás?

—Siempre he montado.

—Entonces, vamos. Que tu hermano se sujete bien a ti. No iremos aprisa.

Casi al paso, regresaron al rancho de Bartin. Había allí bastante gente alerta, después de conocerse la noticia del incendio. El viejo empezó a lanzar maldiciones al reconocer a los dos pequeños.

—¡Malditos buitres! ¡No me digas que han matado a sus padres! ¡No me digas que han matado a Chuck!

—Y por poco los matan a ellos también, Bartin.

—¿Quién?

—Luego hablaremos. Y le pediré que me acompañe a la ciudad.

—Si es para castigar al culpable, lo haré con mucho gusto. ¡A ver, hatajo de gandules! ¡Que alguien atienda a estos pequeños! ¡Que les den un tazón de leche caliente, una botella de *whisky* o lo que haga falta!

Todos los criados, que hasta entonces habían mirado asombrados a Gary, se pusieron en movimiento. Los dos pequeños fueron tomados en brazos e introducidos en el edificio del rancho.

Gary alzó entonces la mirada. Y vio en dos ventanas a dos mujeres que le miraban a su vez.

Una era Nora. Su expresión era quieta, enigmática. Resultaba imposible saber lo que pasaba por su cerebro en aquellos instantes, lo que había detrás de su cara, que parecía haber sido hecha para el amor.

La otra era Margit. Su expresión reflejaba una cierta ansiedad.

—Gary…, ¿qué ha ocurrido?

—Otro incendio.

—¿Con víctimas?

—Ya lo has oído.

—Me refiero a víctimas de las otras. Si has liquidado a algún culpable…

—Dos.

—Entonces no se trataba de un loco aislado…

—Eso es la historia que alguien tuvo interés en hacer circular. Incluso atacaba en determinadas épocas del año solamente, para que todo el mundo creyera en la existencia de un maniático. Pero no hay nada de eso. Se trata de un plan.

—Un plan…, ¿para qué?

—Ahora no podemos hablar de eso, Margit. Voy a ir con tu padre a San Bernardino y luego te explicaré lo sucedido.

El viejo Bartin se presentó montando un corcel. A causa de su animación y del enorme revólver que llevaba colgado, parecía más joven.

—¿Vamos?

—Cuando quiera, Bartin.

Hicieron en silencio el trayecto hasta San Bernardino. Una vez allí, se dirigieron a la oficina del *sheriff*.

Brent, el titular de San Bernardino, estaba despierto hasta muy tarde, porque aquellas horas eran las más inquietantes para él. Los saloons, de madrugada, le daban mucho trabajo. De modo que solía acostarse a las tres y se levantaba a las diez.

Hizo un gesto de sorpresa al ver allí al ganadero más rico de la comarca, acompañado de Gary Morton.

—Buenas noches… —sonrió—. ¿Un vaso de *whisky*?

—Gracias, *sheriff* —dijo Gary—, pero no podemos perder tiempo. Venimos a hablar con usted de algo extremadamente grave.

—Desde luego, traen unas caras de funeral.

—¿Puede escuchamos?

—Con mucho gusto.

Los dos hombres se sentaron ante la mesa del representante de la ley, que había hecho un gesto de atención.

—Usted ha armado jaleos aquí últimamente, Gary —dijo Brent, empezando a hablar él—, pero no se lo tendré en cuenta por el momento. A ver, diga…

—Ha habido otro incendio.

—¿Dónde?

—El rancho de Chuck.

Brent apretó los puños con rabia.

—¡Ese maldito loco! ¡Si alguna vez llego a ponerle las manos encima, les juro que…!

—No es un loco, *sheriff*.

—¿No? ¿Qué dice…?

—Se trata de un plan realizado por una banda perfectamente organizada. Y le voy a dar el nombre de su jefe.

—Cuidado con los falsos testimonios, señor Morton.

—Esta vez estoy seguro. Se trata de Murray.

El *sheriff* arqueó una ceja.

—He dicho antes que había un loco. Y lo repito. Pero el loco es usted.

—¿No cree en mi acusación?

—Ni de lejos.

—Alguna razón tendrá.

—Sólo una, pero de peso: Murray es demasiado rico para complicarse la vida de ese modo.

—Quizá quiere ser más rico aún.

—Sus palabras carecen de base.

—Yo le demostraré que no. He estado pensando en eso últimamente. ¿No son los ranchos por aquí excesivamente pequeños para ser rentables de verdad?

—En efecto, eso es cierto. La propiedad está muy dividida. Eso es bueno en cierto aspecto, pero malo en el que usted dice. Los ranchos producen poco.

—¿Incluso el de Murray?

—El de Murray podría producir mucho más si sus pastos no se vieran mermados por pequeños competidores. Y lo mismo puede decirse del señor Bartin, aunque reconozco que éste es menos ambicioso que Murray.

—¿Entonces no le parece ilógica la idea de que Murray trate de reunir todos los pequeños ranchos en sus manos?

—No me parece ilógica, claro que no. Pero eso hablando en un sentido puramente comercial. Ponerse a incendiar casas y matar gente ya es otra cosa. ¿Adónde quiere ir a parar?

Gary le apuntó con el dedo.

—Le apuesto a que en esos incendios muere toda la familia. A que el rancho queda sin nadie.

—Pues…, en efecto, así es.

—¿Qué sucede luego con las tierras?

—Puede que haya parientes lejanos para heredarlas, pero eso nunca se sabe. La gente aquí viene y se va…

Puede decirse que todos somos nuevos en esta tierra. Se publican anuncios en los periódicos de Sacramento, y luego se espera un año.

—¿Ha comparecido alguien para reclamar?

—Hasta ahora, no.
—¿Y qué se hace entonces?
—Pues… se sigue la ley. Y la ley dice que esos ranchos pasen al Gobierno. Pero como el Gobierno no va a cultivarlos, los saca a subasta. Eso ha ocurrido ya con los dos que fueron incendiados el año pasado.
Gary se inclinó un poco hacia adelante, mirando fijamente al *sheriff*, antes de seguir preguntando:
—¿Qué rancheros pueden tener interés en acudir a esa subasta?
—Sólo los grandes. Los pequeños no se atreverían ni a molestar. Los grandes son él señor Bartin, aquí presente, y el señor Murray.
—¿Bartin se presenta?
—¿Para qué infiernos me voy a presentar? —gritó el viejo—. ¡Tengo más tierra de la que mis hombres pueden cultivar! ¡Y no tengo hijos que la hereden! ¿Para qué quiero más líos?
—¿Entonces Murray se presenta?
—Él, sí.
—¿Hay que pagar mucho por esos ranchos?
—No. En realidad, muy poco. La primera subasta está sujeta a un tipo de licitación. Es decir, el Gobierno señala que el rancho vale, por ejemplo, diez mil dólares, como mínimo, y ordena que no se admitan ofertas inferiores al ochenta por ciento de ese valor. De ahí para arriba, todo lo que quiera. De ahí para abajo, nada. Pero a la primera subasta no se presenta nadie. Siempre queda desierta.
—¿Y a la segunda?
—La segunda es sin sujeción a tipo. Es decir, cada compareciente puede ofrecer lo que quiera, aunque sea un dólar. Entonces aparece Murray.
—¿Solo?
—No. También vienen dos o tres pequeños, pero hacen ofertas ridículas. En cuanto Murray empieza a pujar, ellos ya no dicen «esta boca es mía».
—Y Murray se lo queda todo.
—Bueno… —el *sheriff* parecía darse cuenta de la gravedad de sus afirmaciones y por eso vaciló—. Sí, así es. Se lo queda todo.
—¿Por qué precio?
—Por cantidades bajísimas.
—¿De modo que hace un buen negocio?

—Como negocio es sensacional, pero yo no admito ni una palabra de lo que está usted diciendo, amigo. Es decir, me niego a creer que él haga todo eso intencionadamente. Siempre ha obrado dentro de la ley.

Gary dio un golpe sobre la mesa.

—Pero ¿es que aún no se da cuenta de cuál es la realidad, *sheriff*? ¡Delante de sus narices se está desarrollando la comedia más monstruosa que jamás se ha visto en este Estado! ¡Los pequeños rancheros van siendo asesinados para que Murray tenga toda la tierra! ¡Para que llegue a ser el verdadero amo de todo esto! ¡Y los crímenes seguirán hasta que no quede un solo rancho en pie! ¡Tiene que hacer algo por la vía legal, *sheriff*, o esto acabará en un verdadero baño de sangre!

Brent dudó unos momentos. Parecía encontrarse ante la decisión más difícil de su carrera.

—Me niego a creer en lo que usted dice, señor Morton. Es demasiado horrible. Pero, además, Murray tiene que pasar por la subasta en cada caso, para hacer legalmente suyo lo que, según usted, ha quemado antes. Y se expone a que un día Bartin decida asistir a la subasta también y los precios suban demasiado. ¿Dónde estaría el negocio entonces?

—Él sabe que Bartin no asistirá. Que lo que desea es, por el contrario, no tener que preocuparse de tanta tierra.

—Además, mi hija siempre me dice que no me meta en líos —remachó el viejo—. Es natural.

El *sheriff* chascó un momento los dedos.

—Me estoy dando cuenta de un detalle, Gary.

—¿De cuál?

—En lo que usted dice hay un punto de lógica. Tal vez sea cierto que Murray quiere apoderarse de todos los ranchos, de absolutamente todos los ranchos, para imponer un monopolio de precios y duplicar sus negocios. El único rancho superior al suyo, el único contra el que no puede hacer nada, es el de Bartin. Y quizá trate de apoderarse de él, casándose con la hija.

—No quería mencionar ese detalle, *sheriff*, pero celebro que haya pensado en él.

—Iniciaré una investigación en regla —prometió el representante de la ley—. Y le prometo que, si es cierto lo que dice,

Murray lo pagará.

—Voy a pedirle algo más, *sheriff*. También yo quiero investigar. Tiene que dejarme carta blanca para moverme a mi manera.

—¿Quiere decir que tal vez mate a alguien?

—Murray tiene bastantes hombres en su rancho y tratará de defenderse. Quiero que usted no se preocupe de lo que pueda ocurrir, Brent. Y que, muera quien muera, se limite a acudir al cementerio, presidir el entierro y decir «amén».

Gary Morton pensó que el *sheriff* no accedería a aquello de ningún modo, pero con gran sorpresa suya, lo vio encogerse de hombros.

Por lo visto, Brent estaba convencido ya.

—Haga lo que crea conveniente, Morton, pero no exagere. Confío en su prudencia. Y no olvide que tendrá que responder de cualquier muerte que no pueda justificar.

—Es todo lo que quería, *sheriff* —y se puso en pie, dando por terminada la entrevista.

Bartin murmuró:

—Oye, muchacho…

Pero el joven ya había llegado a la puerta, montando en el caballo que le había traído hasta allí.

Y se dirigió al rancho de Murray.

* * *

Tenía carta blanca para actuar. El *sheriff* le había prometido que sólo actuaría contra él en el caso de que alguna muerte no pudiera ser justificada.

Pero él pensaba justificarlas todas. A pesar de que habría bastantes.

Desde el exterior de la cerca contempló el rancho de Murray.

Era el único de la comarca que estaba rodeado por alambre de espino. Las tierras, que eran fértiles y extensísimas, lo parecían mucho más a la luz de la luna. Y aquellas alambradas protegían el imperio de Murray, un imperio en el que nadie podía penetrar.

Pero el joven acarició el cuello de su corcel.

Era un auténtico pura sangre, un magnífico potro capaz de la mayor hazaña. Aquellas alambradas no representaban para él, desde luego, ningún obstáculo invencible.

Lo alentó suavemente y luego picó espuelas.

El caballo se lanzó al galopé. Perfectamente montado por Gary, quien en la cárcel había hecho prácticas domando, a veces, los caballos de los guardianes, saltó la alambrada sin dificultad.

El joven penetró en las tierras de Murray, dirigiéndose hacia el edificio principal del rancho.

Su plan no podía ser más sencillo y más directo. Sacar a Murray de allí, costase lo que costase. Molerle a palos y obligarle a confesar ante el *sheriff* todo lo que había hecho.

Una figura alta surgió de pronto cerca de él, hacia su derecha.

Era un jinete que llevaba un rifle cruzado sobre la silla. Inmediatamente, oyó su voz:

—¡Alto!

El joven se detuvo.

—Quiero ver a Murray.

—¿Quién eres?

—Me llamo Gary Morton.

—¿Por qué no has empleado la puerta principal?

—No he sabido encontrarla.

—No, ¿eh? Entonces yo te enseñaré dónde está, muchacho. Suelta tu cinto-canana, déjalo caer al suelo y avanza delante de mí con las manos cruzadas sobre la cabeza.

—Me temo que no podrá ser, amigo.

El otro debió parpadear, sorprendido, aunque en la oscuridad eso no fue visible.

—¿Sabes que te estoy apuntando? ¡Arriba las manos!

Gary susurró:

—Sí, muchacho.

Y se dejó caer a un costado de la silla, porque supo que el otro no tardaría ni medio segundo en disparar.

Así fue.

La bala del rifle rasgó el aire, casi rozándole, a pesar de la velocidad de su movimiento. Gary, completamente inclinado y casi por entre las patas del caballo, disparó a su vez.

El guardián lanzó un grito y cayó hacia atrás, alcanzado en el pecho.

Pero no estaba muerto. Aún intentó disparar otra vez, recuperando el rifle que había resbalado de entre sus dedos.

Gary apretó el gatillo de nuevo, ahora con más calma que la vez anterior.

Su enemigo tuvo un estremecimiento y quedó definitivamente quieto sobre la hierba.

Gary volvió a montar bien sobre la silla, mientras miraba en torno suyo. No se apreciaban signos de alarma, pero los disparos debían de haber sido oídos desde los otros extremos del rancho. No tardaría en presentarse por allí una verdadera patrulla.

Se alejó lo más rápidamente que pudo, dirigiéndose hacia el edificio principal.

Minutos después se cruzaba con un grupo de cinco hombres que, sin duda, iban en busca del intruso, es decir, en busca suya. No le vieron a causa de la oscuridad, y él tampoco les vio apenas, pero pudo determinar exactamente su situación, gracias al estrépito de los cascos de sus caballos.

Rodeó una loma, cerca de la cual descansaban docenas de reses, y distinguió entonces el edificio.

Aun visto de lejos, se apreciaba que era magnífico, casi tanto como el de Bartin. La alarma debía haber cundido también allí, porque en la mayoría de las ventanas había luz.

El joven vio otra patrulla que salía en dirección opuesta a la seguida por el primer grupo.

Mejor.

Eso indicaba que la confusión había cundido en el rancho y que nadie sabía cuántos enemigos atacaban ni cuál era su situación. Además, le buscaban en la periferia del rancho, no en el centro de éste. Nadie podía imaginar que un jinete aislado se atreviera a acercarse tanto al edificio principal. La loca audacia de Gary Morton era, paradójicamente, su mejor defensa.

Llegó hasta una de las paredes del edificio y allí descabalgó tranquilamente, dejando su caballo amarrado a una tubería de desagüe que descendía desde el tejado, y procurando que no le alumbrara el resplandor de ninguna de las ventanas.

Luego trepó tranquilamente por la fachada, valiéndose de los salientes que había en ésta.

Penetró por una de las ventanas y se encontró en una sala que era una especie de almacén de armas. Allí, Murray tenía rifles de reserva para todos sus hombres. Un tipo joven y barbudo estaba

engrasando uno de ellos.

Se volvió al oír un leve rumor a su espalda.

Fue lo último que hizo, al menos de momento.

Porque su expresión de asombro se transformó en otra de dolor cuando el puño de Gary entró en contacto con su mandíbula, y el gancho lo envió hacía atrás, chocando de espaldas con uno de los armarios.

Ya no se levantó. El uppercut había sido lo bastante fuerte para enviarle a la región de los sueños.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación. Una voz de irritada sorpresa masculló:

—Pero ¿qué diablos te pasa, Donald?

Gary extrajo el revólver.

—No le pasa nada —masculló—. Sólo que tiene sueño.

Murray, que era el que había entrado en la habitación, quedó materialmente helado.

Hubiese esperado el fin del mundo, antes que aquello. Durante algunos instantes pensó que estaba sufriendo una alucinación.

Pero el revólver de Gary Morton era lo bastante real para convencerle de lo contrario.

—Vamos, Murray. Creo que tú y yo tenemos que sostener una conversación muy interesante.

—¿Qué… haces aquí?

—He venido a buscarte, muchacho. Ya ves si soy cariñoso.

—Mis hombres te…

—Tus hombres no me harán nada. Ya ves que son flojitos, los pobres. Y éste dormirá solo un ratito, pero hay otro que dormirá el sueño eterno. Más o menos como tú, si te pones pesado.

Murray no lo comprendía. Y estuvo a punto de lanzar un grito cuando el joven añadió:

—¿No has echado en falta algunos de tus hombres?

—Pues…, pues…

—Los que enviaste al rancho de Chuck.

—Yo… Yo pienso que te con… fundes.

—Los que están confundidos son ellos. ¡Pobrecillos, si vieras las caras que pusieron después de muertos! A mí, que soy un hombre compasivo, casi me dieron pena. Como me la vas a dar tú, muchacho, cuando te haya partido la cara.

Murray apenas pudo balbucir.

—¿Que pretendes?

—Vas a cantar una nana, muchacho, a ver si me quedo dormido. Y la vas a cantar delante del *sheriff*.

A Murray, hasta aquel momento, le había parecido increíble aquella situación. En el fondo, se negaba a tomarla en serio. Pero de pronto se dio cuenta de que era espantosamente real y de que estaba perdido si no encontraba una salida.

Intentó echarse hacia atrás y ganar la puerta por la que acababa de entrar.

Pero Gary no se inmutó. Parecía esperar aquello y, por tanto, estaba prevenido. La culata del rifle que el otro enemigo había estado limpiando se abatió sobre la cabeza de Murray.

Éste lanzó un grito parecido a un estertor y cayó sin sentido hacia adelante.

Cuando recobró el conocimiento, estaba en su dormitorio. Tuvo una violenta sorpresa, porque creyó que Gary ya habría procurado sacarle del rancho.

Pero, de todos modos, no sabía qué era peor. Porque la sonrisa de su enemigo le heló la sangre en las venas.

—¿Qué… pretendes? —balbució.

—He estado registrando tu dormitorio mientras tú echabas la siesta, Murray.

—¿Y qué buscabas?

—Una cosa muy sencilla: papeles comprometedores, que basten para enviarte ante un jurado.

—No habrás podido encontrar nada.

Aquello era verdad, y el joven lo reconoció.

—Cierto. No he encontrado nada…, excepto esto.

Y le mostró una fotografía obtenida mediante los procedimientos rudimentarios de la época, pero, sin embargo, muy clara.

En ella aparecía el rostro de una muchacha de unos diecinueve o veinte años, morena, de facciones que no resultaban ni bonitas ni feas. Una chica del montón.

Por eso era extraño que Murray la tuviese allí, ya que Murray sólo sabía rodearse de mujeres verdaderamente hermosas.

—¿Quién es ésta?

—¿A ti qué te importa?

Y Murray trató de saltar hacia adelante, haciendo un gesto para arrebatarle la foto.

—Poco a poco, amiguito… No seas ansioso, que la chica no está tan bien, después de todo.

Y de un manotazo lo envió sobre la cama.

Gary pegaba con mucha fuerza y, además, los criminales de Yuma le habían enseñado a pegar con mala saña. De la boca de Murray empezó a brotar sangre.

En las cercanías del rancho se escuchaba tumulto y galopar de caballos, pero nadie se acercaba al dormitorio de Murray. Lo que menos podían imaginar sus vaqueros era que el intruso se encontrase con el propio amo.

—¿Quizá es tu hija? —murmuró Gary, señalando la foto.

—No estoy casado.

—En un tipo como tú, eso no tiene que ver.

—No, no es mi hija.

—¿Quién, entonces?

—He dicho que no te importa.

—Quizá alguna amiguita que tuviste en otro tiempo.

—Es posible. No digo ni que sí ni que no.

—Lo curioso es que me recuerda a alguien.

Murray se sobresaltó.

—¿A quién?

—No sé… Es algo indefinible. Sus facciones me recuerdan lejanamente a las de una persona conocida.

—Tú estás loco.

—Desde luego, puede que lo esté.

Y guardó la foto en uno de los bolsillos de su camisa, mientras amenazaba a Murray con el revólver.

—Siento no haber encontrado nada que te comprometa, pero eso tiene sólo una importancia relativa —dijo—. Vas a cantar ante el *sheriff* todo lo que sabes.

—Yo nada tengo que decirle a Brent.

—Eso lo discutiremos luego. Hala, vamos.

Murray no intentó defenderse otra vez. Los golpes que había recibido bastaban para ablandar a cualquiera. Pero confiaba en que su enemigo no podría salir del rancho sin encontrarse con los revólveres de sus hombres.

Gary Morton pareció adivinar sus pensamientos.

—Desde luego, nos encontraremos con tus pistoleros —dijo—. Pero les vas a soltar un discursito. Les dirás que vas a pedir ayuda al *sheriff*, y exigirás que incluso uno de ellos nos acompañe.

—¡No conseguirás eso!

—¿No? Pues en ese caso tú sí que conseguirás algo: una bala. Porque iré dos pasos a tu espalda, y a la menor señal de peligro te vuelo la cabeza. Puede que tus hombres me maten luego, pero tú no tendrás la satisfacción de verlo.

Gary Morton hablaba con absoluta naturalidad. Bastaba oírle para darse cuenta de que estaba decidido a hacer todo lo que decía.

De modo que guardó su revólver y empujó a Murray, que iba desarmado.

En la puerta encontraron a un hombre con un rifle. Les miró como si viera visiones.

—¿Ya sabes lo que pasa, jefe?

—Que alguien ha entrado en el rancho, ¿no?

—Y hay un hombre muerto.

—Por eso voy a… —vaciló, pero al fin dijo de un tirón—. Voy a pedir ayuda al *sheriff*. Tú mismo puedes acompañarnos.

—De acuerdo, jefe. ¿Quién es este tipo?

—Un amigo.

—Pues no le he visto entrar…

—Estaba ya en la casa hace rato. ¿Dónde tienes tu caballo?

—Aquí mismo.

—El mío —indicó Gary—, está al lado de la puerta. Trae uno para tu jefe, muchacho. Pero no pierdas tiempo.

Murray hizo una desesperada seña a su subordinado, pero éste no supo captarla. Volvió un par de minutos después, trayendo por la brida un magnifico corcel.

—¿Le pasa algo, patrón?

—¿Por qué dices, eso?

—Es que ya no hace calor y está sudando…

Murray rechinó los dientes.

—¡Yo sudo cuando me da la gana, imbécil!

—Bueno, hombre, no se ponga así…

Ambos montaron y se dirigieron hada la salida del rancho, siempre escoltados por Gary Morton, que no perdía detalle de lo

que ocurría en torno suyo.

Sabía que encontrarían otros grupos de vaqueros de Murray, y así fue en efecto.

Se cruzaron con grupos de jinetes que inspeccionaban de un lado a otro del rancho, pero Murray les dijo a todos que iba a pedir ayuda al *sheriff*.

Así lograron salir de los límites del rancho. Y Gary empezó a convencerse de que las cosas irían bien.

Al parecer, Murray, convencido de que no quería matarle, había decidido portarse razonablemente.

Pero cuando aún estaban a cierta distancia de San Bernardino, el joven se dio cuenta de que Murray era un hombre astuto y que conservaba la serenidad en todo momento. Porque, mediante algo a lo que al principio el joven no concedió importancia, había indicado a sus hombres que aquel viaje a la ciudad no era normal.

Sencillamente, no se había puesto sombrero.

Dado que éste formaba parte de las prendas indispensables a cualquiera que viviese en los ranchos, el hecho de que el propio jefe no lo llevara, tenía forzosamente que parecer extraño.

La verdad, de todos modos, fue que Gary no se fijó en eso. Y los hombres de Murray tampoco. Al menos, al principio.

Luego uno de ellos, su lugarteniente, Cottet, empezó a reflexionar.

—¿No os parece extraño lo del jefe?

—¿Extraño por qué?

—No llevaba sombrero. Ahora lo recuerdo.

—Diablos, es cierto…

—Y aquel tipo que les acompañaba no acababa de gustarme.

—¿Crees posible que…?

—Creo posible que le hayan obligado a ir a la fuerza. Pero si salimos detrás de ellos, aún podremos atraparlos.

Un grupo de cinco hombres se organizó en seguida. Pero no fueron directamente en persecución de Murray, porque, si les veía, era posible que aquel desconocido les volara la cabeza. En lugar de eso, lo que hicieron fue lanzarse al galope por una vereda y tratar de cruzarse en el camino que llevaba a la ciudad.

En efecto, los vieron a distancia, gracias a la luz de la luna.

Cottet murmuró:

—Ahí vienen…

—¿Qué hacemos? ¿Cruzarnos de repente en su camino?

—No —mascullό Cottet—. No sé quién es ese tipo, pero no hay que darle la menor oportunidad. No me gusta lo que ocurre. De modo que, para empezar, le volaremos la cabeza.

Todos desmontaron de sus caballos y se situaron con sus rifles en una hondonada, muy cerca del lugar por donde tenían que pasar los tres jinetes.

Aguardaron en silencio, con los dedos en los gatillos y todos los músculos en tensión.

Gary, desde luego, no sospechaba nada, e incluso creía que ya habían pasado todos los peligros. Las luces de San Bernardino se distinguían cerca. Dentro de poco podría hacer que aquel canalla de Murray explicara al *sheriff* unas cuantas cosas.

Su caballo olfateó el aire.

Quiso desviarse hacia la derecha, donde había una vaguada, y el joven pensó que habría olido alguna hembra.

Can un suave tirón de riendas, le impidió girar.

Sin embargo, los otros dos caballos habían hecho lo mismo. No era casualidad.

Gary respiró hondamente, con el cerebro vacío. La verdad fue que en aquel momento no vislumbró ningún peligro. Pero un segundo después sentía un estremecimiento en todo su cuerpo.

—¡Había caballos más allá de la hondonada! ¡Y, seguramente, había también hombres!

Se pegó a un costado de la silla, mientras sacaba el revólver con un seco movimiento.

La descarga sonó en aquel mismo instante. Y sólo salvó a Gary el hecho de que se hubiese pegado a un costado del caballo, pero en el opuesto al de la hondonada.

La descarga atravesó al caballo, y le hubiera atravesado a él de no ser por su rapidísimo movimiento. Como su caída coincidió casi con los disparos, los cinco hombres creyeron que le habían alcanzado de lleno.

—¡Ya está! ¡A por él!

El grito de «¡a por él!» coincidió con el primer disparo de Gary. Y los cinco hombres se transformaron inmediatamente en cuatro.

Cottet lanzó una maldición.

—¡A tierra!

Todos obedecieron. Tres lo hicieron por su propia voluntad y el otro, no: Porque el otro fue al suelo empujado por la segunda bala de Gary Morton.

El pistolero que había acompañado a Murray se dio entonces cuenta de que los que atacaban eran sus propios compañeros. Al principio creyó que eran enemigos y estuvo a punto de disparar contra ellos, pero de pronto quedó sin respiración.

Movió el rifle, y en ese momento una bala disparada de abajo arriba penetró por su mandíbula y le voló la cabeza.

Murray comprendió que había llegado el momento de huir, porque Gary ya tendría bastante trabajo con defender su vida. Picó espuelas y trató de hacer girar el caballo hacia el rancho.

Mientras tanto, Gary Morton había dado dos veloces vueltas sobre el suelo.

Se apoderó del rifle del jinete muerto para no gastar todas las balas de su «Colt». Y saltó inmediatamente hacia el cuerpo del que había sido su caballo.

Era un parapeto nada desdeñable, y con el que sus enemigos no contaban. Cottet se irguió para apuntar, aunque no veía bien dónde estaba su enemigo.

Una bala en el centro del corazón le hizo caer hacia atrás, lanzando un aullido.

Los otros dos hombres comprendieron que la sorpresa había fallado y que apenas tenían posibilidad de sobrevivir. De modo que emprendieron la fuga a través de la misma hondonada.

Gary se puso en pie.

Había un caballo allí, el del hombre que les había acompañado desde el rancho. El joven saltó a la silla y emprendió un rabioso galope en persecución de Murray.

Éste no se hallaba lejos. Pugnaba desesperadamente por llegar al rancho, espoleando su caballo con verdadero salvajismo.

Pero Gary montaba mejor y sacó más partido de su corcel, que, además, soportaba un peso más liviano. La verdad era que Murray estaba tan gordo que su caballo apenas podía sostenerlo. Alcanzarlo fue tarea relativamente fácil.

Cuando estaba casi a su misma altura, el joven saltó de la silla y se abalanzó sobre su enemigo.

Los dos cayeron por tierra, y se levantaron casi a la vez. Pero ahora Murray tuvo suerte.

Logró cazar al joven de un zurdazo impresionante que le dio la sensación de que le había separado la cabeza del tronco. Gary cayó hacia atrás, mientras Murray lanzaba un alarido de triunfo.

Intentó abalanzarse sobre el joven, caído de espaldas en la hierba, pero el joven le recibió con las piernas flexionadas y las tensó de repente como dos cables que se disparan. Murray salió despedido hacia atrás y resopló como una res herida.

Ya no pudo levantarse a tiempo.

Gary lo sujetó por las solapas, lo puso en pie y le estuvo abofeteando hasta que le dolió la mano. Murray, con los labios bañados en sangre, chillaba igual que una mujer.

También los labios de Gary estaban rotos y sangraban. La verdad era que el zurdazo propinado por Murray había sido de pronóstico.

—Me ha costado mucho capturarte, pero voy a llevarte ante el *sheriff* —masculló—. Y si él te suelta, soy capaz de pegarte un tiro.

—Brent… no podrá… acusarme… de nada.

—Eso lo veremos. Hay pruebas suficientes.

—¿Dónde?

—En el rancho de Chuck.

Murray intentó escapar de nuevo, pero otro guantazo le hizo desistir. Montó a caballo pesadamente y se dejó conducir hasta San Bernardino.

Esta vez llegaron a la ciudad sin novedad.

Gary hizo apearse a Murray, lo sujetó por las solapa; y lo hizo entrar en la oficina del *sheriff*, arrojándole como un fardo sobre la mesa.

—Perdone que traiga basura a su oficina —dijo con voz ronca—, pero eso ocurrirá sólo una vez.

El *sheriff* tomó a Murray por las solapas y lo arroje encima del sillón frontero, mientras sus facciones se contraían en una mueca de asco.

CAPÍTULO VIII

Brent masculló:

—Parece usted una babosa, Murray. ¿Y usted quiere casarse con una chica como Margit?

Los ojos de Murray estaban congestionados. Con gesto de odio barbotó:

—¡Eso no le importa a usted, *sheriff*!

—Es cierto, no me importa; pero, en cambio, sí que me importan los cargos que tengo contra usted.

—¿Cuáles son?

—Se le acusa de haber arrasado el rancho de Chuck, asesinando a sus dueños.

—¿Quién dice eso? ¿Gary Morton?

—Exacto.

—Pues yo también tengo algo que decir contra él. ¡Ha entrado por la fuerza en mi rancho y ha matado a varios de mis hombres!

—Por lo visto, pensaba detenerle. Yo le he autorizado a hacerlo.

—¡Lo pagará, *sheriff*!

—De acuerdo. Pero desgraciado de usted, si los cargos son ciertos, Murray. Y eso es fácil de averiguar.

—¿Sí, eh? ¿Cómo?

—Gary Morton asegura que mató a algunos de los asaltantes, y como los cadáveres aún estarán allí, veremos si pertenecen a gente de su rancho. En caso afirmativo, va usted listo, Murray.

El ranchero palideció.

Sus labios manchados de sangre temblaron al musitar:

—No hará eso.

—No, ¿eh? Ya lo he hecho.

—¿Qué… trata de insinuar?

—He enviado a mis dos ayudantes al rancho de Chuck. Y ellos me traerán lo que haya.

Gary Morton sonrió. Por fin empezaba a ver las cosas bien. Por fin se sentía tranquilo.

—Me permito felicitarle, *sheriff* —dijo—. Creo que ha sido un magnífico trabajo.

—Espere a ver los resultados.

—Los resultados sólo pueden ser acusatorios para Murray. Ya verá cómo los indeseables que maté pertenecen a gente de su rancho.

—Eso espero, por el bien de todos. De otra manera, nos habríamos metido en un buen lío.

En aquel momento se oyó en la calle el rumor de cascos de caballos, que se detuvieron ante la oficina.

Murray estaba pálido como un muerto.

Su mandíbula inferior temblaba. Parecía diez años más viejo de lo que era. En cierto modo, llegaba a dar pena.

Los dos agentes del *sheriff* entraron.

—Hola, jefe.

—¿Traéis los muertos?

—Sí. Por cierto…, ¡era espantoso aquello!

Gary Morton suspiró aliviado.

Todo estaba a punto de terminar. El macabro misterio había sido solucionado al fin.

En cuanto a Murray, temblaba ahora espasmódicamente. No era capaz ni de hablar.

Uno de los agentes murmuró:

—¿Dónde dejamos a los dos, *sheriff*?

—¿Dos solamente?

—Pues… ¡claro!

Gary le tranquilizó.

—Dicen la verdad. Yo maté a dos hombres.

—No, no…, ¡qué diablos! —masculló uno de los agentes—. Son un hombre y una mujer. Son los dueños del rancho.

—¿Queeeé?

—He hablado bien claro. Son los Chuck.

—Pero ¿no había allí otros dos cadáveres? ¡Eran dos hombres! ¡Los maté yo mismo!

Los agentes se miraron, perplejos.

A juzgar por sus expresiones era evidente que estaban sorprendidos y que decían la verdad.

Gary palideció. En cuanto al *sheriff*, estaba blanco como si papel.

—Vamos a ver, muchachos… —susurró—. ¡A ver si nos entendemos! ¿Sólo estaban allí los cadáveres de los dueños del rancho?

—En efecto.

—¿Y ninguno más?

—¡Pues claro que ninguno más! ¿Creo que somos ciegos?

Gary Morton creyó no haber oído bien. De repente, todo su trabajo se hundía. Todos los peligros que había corrido no servían para nada.

Murray había dado un brinco en su asiento.

Estaba exultante de alegría. Sus manos se abrían y cerraban espasmódicamente, pero era porque hubiera deseado abofetear al *sheriff*.

Y eso era lo único que no se atrevía a hacer.

—¡Le aseguro que va a acordarse de esto, Brent! —amenazó, sin embargo—. ¡Tengo la suficiente influencia en este condado para hacer que sea destituido! Y en cuanto a este tipo… ¡Ordeno que lo detenga inmediatamente!

Brent miró a Gary.

Ambos tenían las expresiones de los habitantes de una casa que, de repente, se ha hundido ante sus ojos.

—¿Es posible que todo sea una trampa suya, Gary Morton? —preguntó.

—¿Cómo iba a montar un tinglado tan estúpido? ¡Alguien ha retirado los cadáveres para que este hombre no pudiera ser culpado!

—Alguien… Pero eso es no decir nada. ¿Quién ha sido, según usted?

—¿Cómo puedo saberlo?

—El mismo Murray no ha podido ser, puesto que usted estaba en su rancho. Y difícilmente han podido hacerlo sus hombres.

Gary reconoció que todo aquello era espantosamente lógico.

Y sintió que todo daba vueltas en torno suyo y que el suelo se abría bajo sus pies.

—Creo que debería detenerlo —dijo Brent—. Y las acusaciones serían gravísimas.

El viejo Bartin, que no se había movido de la oficina del *sheriff* en todo aquel tiempo, y que estaba en un rincón sin que su presencia fuera notada, murmuró:

—Yo respondo por él, Brent.

—Eso no basta.

—Tampoco basta lo que ha ocurrido esta noche para detenerlo y quizá enviarlo a la horca. Dele una oportunidad, Brent. Un solo día. Si mañana a estas horas no ha podido justificar su actitud, haga lo que quiera con él.

—¡Huirá! —barbotó Murray—. ¡Huirá! ¡Y en ese caso tenga por seguro que yo le exigiré responsabilidades, *sheriff*!

El viejo Bartin dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Por todos los infiernos! ¡A mí siempre se me ha creído en esta comarca, y el día que no se me crea empezaré a tiros con todo el mundo! ¡Garantizo con todos mis bienes que este hombre no escapará del condado! ¡Y ya se sabe que mis bienes no son grano de anís, Brent! ¡Diablos de Murray!

El *sheriff* se decidió.

Hizo un gesto e indicó a Gary Morton que podía marcharse, pero que al día siguiente a aquella misma hora debería presentarse en su oficina para justificar su actitud o para ser detenido.

Cuando Gary salió de allí, casi sentía vértigo.

Le parecía que aquello no era posible. Que lo había entendido mal.

Pero el viejo se encargó de centrar la cuestión, cuando le dijo:

—Has dado un mal paso, muchacho.

—Ya lo veo.

—Y has matado a alguien, ¿no?

—A… bastante gente.

—¡Hum! Pues Brent es un hombre inflexible. No sé cómo vas a poder arreglar las cosas.

—Menos lo sé yo.

—¿Quieres un consejo? No pienses más en lo que ha sucedido. Esta noche te bebes medio barril de *whisky* y duermes hasta que se te pase la borrachera. Yo te aseguro que luego verás las cosas con mayor claridad.

—Por una vez creo que tiene razón, Bartin. Voy a beber hasta hartarme.

Y así lo hizo. Sin ver a nadie, se introdujo en su habitación, con la sola compañía de una botella de *whisky*, apenas pusieron sus pies en la casa.

El joven seguía sin acostumbrarse a beber. No en vano había estado sometido tres años a la rígida disciplina de Yuma. Por eso empezó a ver cosas extrañas a partir de la tercera copa.

Como, por ejemplo, aquella mujer. Aquella mujer que se detuvo ante él, tras atravesar silenciosamente el umbral de la puerta.

CAPÍTULO IX

Gary, al principio, pensó que no veía a la chica realmente y que se trataba de un efecto del alcohol. Aunque si era así, valía la pena estar bebiendo toda la semana.

Porque la chica era fuera de serie.

Alta, esbelta, casi opulenta, hubiera hecho bailar los ojos a cualquier hombre menos preocupado que él.

De un modo maquinal, susurró:

—¿Quién eres?

—¿Es que no me conoce?

—¡Pues…!

—Está usted muy raro esta noche, señor Morton.

—Perdona…

Él se pasó una mano por los ojos, mientras depositaba sobre una mesita el vaso a medio consumir.

—No recordaba que yo mismo te saqué de aquel rancho, Nora —murmuró—. La verdad es que no sé qué me ocurre.

—Le veo muy preocupado.

—No es para menos, Nora.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Gary trató de sonreír amigablemente, a pesar de su preocupación.

—¿En qué podrías ayudarme tú, Nora?

—Lo ignoro —ella se mordió el labio inferior—. Lo ignoro, desde luego. Pero quiero que sepa que le estoy muy agradecida, señor Morton. Y que haría cualquier cosa por usted.

—Yo te diré lo que tienes que hacer. Tienes que encontrar un hombre menos idiota que yo, y casarte. Eres ya toda una señorita, ahora me doy cuenta, y harías feliz a cualquiera. Pero sobre todo

piensa en eso; que no se parezca a mí para nada…

—Tiene usted muy mal concepto de sí mismo, señor Morton.

—Óyeme, Nora; si nunca has visto un estúpido completo, un estúpido desde las puntas de los cabellos hasta las uñas de los pies, mírame bien porque aquí tienes uno. No hay idiota más grande en todo el condado de San Bernardino.

Ella rió, y el joven lanzó una especie de gruñido.

—Bueno, ya veo que la cosa te ha hecho mucha gracia…

—No, no me río de usted. Es que veo que, en el fondo, es como mi amiga Silvia. Se desanima en seguida.

—¿Quién es tu amiga Silvia?

—Una chica.

—Caramba, ya lo imagino… ¿No quieres un poco de *whisky*?

—No, nunca bebo… —Y la muchacha siguió como en un monólogo—: Claro que ella tiene más motivos, porque han tratado de matarla.

—¿Matarla?

—Sí, varias veces.

—¿Y quién?

—Oh, eso no se sabe.

—Bueno, pues deja de pensar en ello…

—Veo que mi amiga no le interesa.

—No te lo tomes a mal, muñeca, pero yo no conozco a la tal Silvia, y además, bien mirado, aquí todo el mundo quiere matar a todo el mundo, de modo que la cosa no es nueva.

—Está bien, le hablaré de otra cosa. Yo sólo quería distraer un poco sus preocupaciones… De todos modos sepa que mi amiga Silvia está ahora segura. Se halla en un internado para señoritas cerca de aquí. Yo pagué las primeras facturas, pero en adelante no sé quién lo hará.

—Si tengo algún dinero, cuenta con él. ¡Para la falta que va a hacerme!

—Le hará un gran favor, porque esa chica es muy desdichada. Y además no resulta demasiado guapa.

Gary echó la cabeza hacia atrás.

—No resulta… demasiado guapa.

—Pero tampoco es fea.

De pronto Gary se estremeció.

—¿Qué le pasa, señor Morton?

—Oye, Nora… Es una idea estúpida, pero quiero que me contestes. Voy a enseñarte algo.

—Diga, señor Morton.

Él le entregó sin una palabra la fotografía que había encontrado en casa de Murray.

Los ojos de Nora se dilataron con alegre sorpresa.

—¡Señor Morton, veo que usted también conoce a Silvia! —exclamó—. ¡Lo tenía muy callado!

—¿Es ésta?

—Pues claro que sí…

El joven se llevó otra vez una mano a los ojos, tratando de concentrar sus pensamientos.

—Oye, Nora, dime una cosa: ¿esa amiga tuya ha tenido relaciones con hombres?

—¿Qué quiere decir?

—Pues si tuvo novio. O si alguien le dijo que iba a casarse con ella. Un hombre mayor, por ejemplo.

—No…

—¿Estás segura?

—Completamente. A Silvia los hombres nunca le han hecho demasiado caso. Y además ella es muy tímida.

Con vehemencia, añadió:

—¿Cómo consiguió esa foto?

—Es largo de contar… Perdóname, Nora. Quiero saber si alguien me puede dar más explicaciones.

—Como quiera, señor Morton.

—Gracias por tu colaboración. Eres un cielo de muchacha.

—¡Pero si yo no he hecho nada!

Gary Morton le acarició el cabello fugazmente y salió de la habitación. Estaba pensando en Margit.

Margit, como «novia» más o menos voluntaria de Murray, podía haber visto tal vez aquella foto. Y quizá podría desentrañarle su extraño significado.

Llamó con los nudillos en su habitación, pero no contestó nadie.

Volvió a insistir, Una sorda congoja y un presentimiento al que no quería dar nombre llegaron al corazón de Gary.

De pronto apareció en el pasillo una de las doncellas.

—¿Busca a la señorita?

—Sí.

—No está en su habitación. Creo que ha ido al granero porque quería estar sola.

—De acuerdo. Gracias.

Y el joven fue hacia allí.

Sabía bien que Margit era una chica reservada y un poco solitaria, a la que de vez en cuando le gustaba aislarse, sin ver a nadie.

Fue hacia los graneros, que eran inmensos y estaban a un lado del edificio principal del rancho. Allí se guardaba todo el forraje para el ganado junto con los granos y legumbres que luego se vendían a buen precio. Todo estaba oscuro y despedía un olor suave, caliente y en cierto modo sensual.

Ya en la puerta, el joven, que se había acercado sin ninguna precaución, haciendo un ruido lógico con sus botas, distinguió la mancha blanca que era el vestido de Margit.

Pero también le pareció notar algo más.

Se detuvo, confuso, sin saber qué pensar, en cierto modo como un potro que olfatea el aire.

Margit lanzó una exclamación.

—¡Gary!

—Hola, Margit.

—He tenido una sorpresa. No imaginaba que anduvieras cerca.

—Es que te buscaba.

—¿Y por qué te quedas ahí?

—He tenido una sensación extraña, Margit.

—¿Una… sensación extraña? ¿De qué dase?

—¿Estabas sola?

—Naturalmente…

—Es que…

Él vaciló. Margit preguntó con voz solícita:

—¿Qué te ocurre, Gary? Estás raro esta noche.

—Verás… He tenido la sensación de que no estabas sola. De que había alguien contigo.

—¿Quién?

—Un hombre.

Los labios de Margit se doblaron en una mueca llena de dureza.

—Me estás insultando tal vez, Gary. ¿Es eso lo que pretendes con tus palabras?

—Perdona. No quiero insultarte. He pensado que quizá Murray te había obligado a venir aquí.

—No he visto a Murray para nada.

—Tienes razón… Además, él habría ido a su rancho después de salir de la oficina del *sheriff*. La que acabo de tener es una sensación sin sentido. Perdóname.

Ella se encogió levemente de hombros.

—¿Por qué das importancia a una cosa así? Todos tenemos sensaciones extrañas. No pienses más en ello.

—De acuerdo, Margit.

—¿No has venido… a decirme nada?

Parecía palpitar la voz de la muchacha. Había en ella el trémulo de una desconocida pasión.

Era como en otro tiempo, cuando ambos hablaban de casarse y se besaban silenciosamente en aquel mismo lugar.

—Quería enseñarte algo, Margit.

—¿Qué es?

—¿Conoces a esta muchacha?

Ella miró en la penumbra la fotografía que Gary le había entregado. Hizo un gesto dubitativo.

—No sé, no estoy segura del todo, porque conozco a bastante gente. Pero yo diría que no. ¿Quién es?

—He encontrado esta foto en el dormitorio de Murray.

—¡El muy canalla! ¿Será capaz de…?

—No, no creo que esta muchacha sea una conquista. Más bien se trata de algo que no acabo, de entender. Pero te he preguntado a ti porque tú habrás estado alguna vez en el rancho de Murray y sería posible que la hubieses visto.

—No, no… Desde luego, no la he visto nunca. ¿Pero qué importancia tiene eso?

—La verdad es que no lo sé.

—¿Sólo has venido… para preguntarme una tontería de esa clase?

En la voz de la muchacha seguía palpitando la pasión, pero también un leve deje de despecho.

—También… quería verte.

—¡Hacía tanto tiempo que no estábamos aquí, Gary!

Los ojos de la muchacha brillaban. Sus labios rojos eran como una tentación en la penumbra. Su piel suave y limpia tenía un perfume especial que embargaba los sentidos poco a poco.

Gary Morton no supo cómo ocurrió. Tuvo la sensación de que ninguno de los dos se había movido. Pero de pronto se encontró besando a la muchacha furiosamente.

Hacía tres años que no besaba a una mujer.

El deseo subía en oleadas a sus músculos, a su sangre, a sus labios.

Y Margit también parecía embargada por el mismo deseo, por la misma pasión, porque se entregaba al hombre sin reparos y perdiendo la respiración en aquel beso.

Fue entonces cuando Gary creyó oír las pisadas de alguien. Pisadas de hombre.

Era como si alguien que había permanecido oculto en las cercanías se alejase de allí sigilosamente, aprovechando el momento de distracción de los dos jóvenes.

Todos los músculos de Gary se tensaron.

Apartó con suavidad a la muchacha y bisbiseó:

—Espera.

—¿Qué ocurre?

—Alguien estaba oculto por aquí cerca. Y trata de alejarse ahora.

—Yo no he oído nada…

—En cambio yo estoy seguro. Por favor, no te muevas de aquí.

—Gary… Puede ser algún ranchero que me estuviera espiando. Ya sabes cómo son algunos hombres. ¿Qué importancia tiene eso? Por favor, es una tontería que te arriesgues…

—No me arriesgaré. Espera.

El joven conocía perfectamente el lugar. De un leve salto se colgó de una viga y llegó hasta el altillo flexionando los brazos. Un momento después se asomaba a una de las ventanas superiores.

Vio una sombra que se deslizaba casi bajo él. Era un hombre cuyas botas producían un leve roce similar al que acababa de escuchar.

No pudo reconocer de quién se trataba, pero pensó que pronto lo averiguaría.

Se dejó caer encima del intruso y lo derribó. Instantes después lo sujetaba por las solapas y lo ponía en pie.

Como se trataba de un hombre de mediana edad, pensó en el primer instante, y a causa de la penumbra, que era Murray, y estuvo a punto de lanzar un grito de rabia y acabar de destrozarle la mandíbula con un par de ganchos. Pero de pronto se detuvo, al reconocer a aquel hombre, mientras a su rostro asomaba una expresión de sorpresa.

—¡Corazones Jim!

El tahúr, que ya había llevado la derecha a la funda axilar, dejó quieta la mano al reconocerle también.

—Pero si es mi buen amigo Gary Morton… —susurró.

—Quizá no tan amigo. Corazones.

—Parece que no se alegra de verme…

—Me alegraré cuando sepa qué diablos estaba haciendo aquí.

—Pues…, yo… Bueno… Verá…

—No intente buscar muchas explicaciones para lo que sólo tiene una explicación, Corazones.

—¿Qué quiere decir?

—Es inconcebible que a su edad haya intentado acorralar a una muchacha como Margit.

—¿Yo?

—¿Por qué trata de mentir? Que a uno le guste una chica bonita y joven, es un pecado a medias. Pero que emplee tácticas solapadas, es repulsivo.

Corazones suspiro con desaliento.

—Reconozco que trataba de verla.

—¿Qué le parece estúpido? ¿Qué posibilidades cree que puede tener con una chica así?

—Ninguna.

—Podría ser su padre…

—No hace falta que me lo diga. Lo comprendo todo.

Gary le contemplé con una mueca donde la pena se mezclaba al asco.

—Debe usted sufrir mucho si sólo le gustan las chicas de esa edad —murmuró.

—Nunca he sido un tipo demasiado recomendable. Soy el primero en confesarlo. ¿Pero qué vas a hacer conmigo?

—En esta tierra es costumbre obsequiar con una buena paliza a los que tratan de ofender a una muchacha aunque sólo ligeramente. Pero yo tengo que estarle agradecido, Corazones, puesto que me salvó la vida. Y no voy a hacer nada contra usted.

—En ése casó el agradecido debo ser yo.

—Váyase y arranque de su cabeza todas esas manías. Si quiere casarse, no le faltarán oportunidades. Pero piense siempre que le caería muy bien una mujer de treinta años, no una que apenas acaba de cumplir los veinte.

—¿Casarme? —murmuró Corazones—. Ya estuve casado una vez.

—Razón de más. Hala, lárguese.

En aquel momento apareció Margit.

Sin duda había escuchado la conversación y quería saber de qué se trataba.

Hizo un gesto de extrañeza al ver allí a Corazones.

—Usted… —susurró.

—¿No es éste el hombre que estaba contigo? —murmuró Gary.

Ella le miró duramente.

—Te he dicho antes que estaba sola.

—Quizá mientes para no llevar las cosas más lejos. Para que yo no le haga nada a este hombre.

—Te he dicho que estaba sola. No hay razón para que tenga que insistir más veces.

—Bueno… Tampoco hay razón para que hagamos un drama de esto —susurró Gary—. No tiene tanta importancia. Váyase, Corazones, y espero no verle más por aquí.

El tahúr fue a alejarse sin decir una sola palabra, pero Margit preguntó con gesto áspero:

—¿Este hombre me estaba espiando?

—Déjalo… Lo pasado ya no tiene importancia.

Pese a las tranquilizadoras palabras de Gary, ella adelantó dos pasos, situándose ante el tahúr.

Y moviendo la mano secamente, le propinó una sonora bofetada en la mejilla derecha.

Corazones quedó paralizado. Sus ojos brillaron de sorpresa, casi de estupor.

Pero al fin bajó los párpados, como si la ofensa no hubiera ido

con él, volvió la espalda y siguió su camino lentamente.

Gary susurró:

—Quizá has sido cruel. En el fondo me da pena ese hombre.

—Pues a mí me da asco.

—Olvídalo. Quién sabe el drama que habrá en su vida.

—Los dramas no se curan espiando a las muchachas de veinte años. Ya la primera vez que nos vimos me estuvo haciendo preguntas muy indiscretas y yo me aguanté, pero en adelante no voy a soportarlo más. Y espero por su bien que no vuelva a cruzarse en mi camino.

—Eso es lo mismo que le he dicho yo. Pero, en fin, más valdrá olvidar el incidente. Yo diría que ese hombre estaba avergonzado. Como si pensara que había merecido esa bofetada.

—¡Claro que la había merecido! Y además…

Margit se interrumpió. Sus labios hicieron un mohín.

—¿Además qué…?

—Nos ha interrumpido en lo mejor —dijo pícaramente.

Gary sonrió.

—Eso es cierto.

—¿Volvemos?

—Parece como si hubiéramos regresado a los viejos tiempos, Margit.

—Pues claro que sí… ¿Quieres creer que ya ni me acuerdo de Murray? Es como si hubiese muerto.

—Creo que a este paso no tardará en morir de verdad. Se lo está buscando.

Se dirigían ya hacia la puerta del granero cuando la voz del viejo Bartin cortó sus pensamientos.

—¡Eh, tórtolos! ¿Qué os ocurre?

—Nada —murmuró Gary—. Estábamos paseando.

Los ojillos del viejo brillaron de ilusión.

—Parecéis dos novios…

—Hubo un tiempo en que lo fuimos —murmuró Gary—, pero han pasado muchas cosas desde entonces.

—¿Te refieres a lo del penal de Yuma? Bah, olvida eso… Todo el mundo sabe por qué fuiste a parar allí.

—No es eso solo. Han ocurrido otras muchas cosas.

—¿Cuáles, por ejemplo?

Margit les interrumpió.

—Papá, ¿es que estás arreglando mi boda?

—Más me gustaría verte casada con Gary Morton que con ese cerdo de Murray, al que no sé cómo llegaste a mirar a la cara. Por cierto, muchacho, me gustaría hablar contigo.

—¿De qué, señor?

—De mil cosas, hombre. ¿Por qué no vienes a mi despacho?

Gary sonrió a la muchacha.

—Tendrás que perdonarme, Margit.

—Estás perdonado. Ya sé que cuando papá se empeña en una cosa no hay quien le lleve la contraria. Y espero que no te dé demasiado dolor de cabeza.

El viejo emitió un bufido.

—¿Por quién me has tomado, mocosa?

Pero en seguida volvió a estar alegre, y dio una palmada en la espalda a Gary. Cuando ambos se encontraron reunidos en el despacho del rico ranchero, éste extrajo una botella de *whisky*.

—¿Quieres beber un trago?

—Gracias, no tengo sed.

—Comprendo que es muy tarde y que quizá quieras acostarte. Te estoy dando la lata.

—No se preocupe… Esta noche es muy rara. Da la sensación de que nadie se quiere ir a dormir.

—Nadie excepto los hijos de Chuck, Esos pequeños salvados del rancho en llamas están durmiendo como dos angelitos. Felices ellos, que lo olvidarán todo en seguida. En cambio, los viejos ya no podemos olvidar.

—Está usted muy nostálgico, Bartin.

—No es para menos. ¿Y tú? ¿Estás asustado?

—¿Pero, qué había de estarlo?

—Las horas vas corriendo. Y mañana tendrás que dar explicaciones al *sheriff* Brent.

—Es cierto… Pero no sé por dónde investigar. A veces tengo la sensación de que golpeo en el vacío. Y otras, que estoy muy cerca del final. No sé… Me parece que no todo terminará matando a Murray.

—Yo tengo la misma sensación. Todo esto es muy complicado y no sé bien por qué. Pero quiero proponerte una cosa que te evitará

todas las complicaciones.

—¿Qué es?

—Cásate con Margit.

El joven quedó un momento asombrado, como si no hubiera esperado de ningún modo aquella proposición.

—¿Es que no te gusta? —masculló el viejo.

—Margit gustaría a cualquier hombre.

—Tal vez no la quieres… Pero es extraño. Cuando no erais más que unos chiquillos ya se os consideraba novios. Y no hay duda de que entonces la querías.

—Desde luego.

—¿Pues qué infiernos pasa? —preguntó el viejo, con su habitual rudeza.

—Las cosas son distintas. Margit es una rica heredera.

—¿Acaso no lo era entonces?

—Sí, pero los dos mirábamos las cosas de otro modo. Con más inocencia. Luego, con los años, uno acaba comprendiendo que la vida tiene unas leyes.

—¡Tonterías! Yo te decía que te casaras con ella porque así el *sheriff* no se atrevería a nada contra ti. Ser el yerno de Bartin no es una cosa cualquiera. Pero además es que pensé que os queríais. Que solucionaba de verdad vuestro problema.

—No digo lo contrario, señor Bartin, pero los dos somos distintos. Sobre todo, ella.

—¿Ella? ¿Por qué?

—No sé explicarlo. Parece más mujer en todos los sentidos. Y más inquieta, más ambiciosa.

—Ese cerdo de Murray la ha hecho cambiar.

—Es posible.

El viejo dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Pero ya estamos hablando de Murray, diablos, y ese tipo no nos interesa para nada! Verás, muchacho… —su voz cambió de pronto y se hizo más bajita y confidencial—. Quizá, al hablar de matrimonio, no he sido más que un hipócrita. En realidad, pensaba en mí. Me voy haciendo ya muy viejo y quiero ver savia nueva en esta tierra. Un nieto me haría completamente feliz; sin él, tendré la sensación de que ha fracasado mi vida.

Gary le escuchó en silencio.

Conocía muy bien la historia de aquel hombre y conocía perfectamente sus pensamientos. Sabía que luchó durante toda su juventud y que lo sacrificó todo por llegar a poseer una especie de imperio en aquella tierra. Y de pronto se enfrentaba al vacío, a la desesperación total. Tenía una heredera, Margit, pero quizá se casase con alguien que a él no le gustaba. Alguien que quizá no supiera darle hijos sanos y fuertes. O tal vez llegaría a unirse a un aprovechado, a un hombre que sólo vería en ella a una heredera.

Bartin se sirvió un vaso de *whisky* con mano temblorosa.

—Sí, ya ves —murmuró—. Ahora no trato de disimular. Mi pulso tiembla a veces. Me quedan pocos años de vida, y a pesar de que ahora soy rico, no puedo explicar más que desgracias.

—Está usted desanimado, Bartin. Y no debe dejarse vencer por eso.

—¿Desanimado? No… Simplemente me dejo acompañar por mis recuerdos. ¿Tú qué sabes realmente de mi juventud? Crees que todo fue fácil, ¿eh? Pero quizá ignoras cómo murió mi mujer.

—Me lo ha explicado ya alguna vez, Bartin.

—Murió abrasada por una flecha incendiaria —susurró Bartin, como si no le hubiese oído—. Esto era muy distinto hace veinticinco años. Toda la caravana en que viajábamos fue deshecha… Bien, tienes razón en una cosa, Gary; de nada sirve hablar de eso. Lo pasado, pasado está. Pero en cambio el presente nos rodea por todas partes, y lo que voy a decirte pertenece a él. Han intentado matarme ya dos veces.

Gary Morton, que escuchaba al viejo más por educación que por otra cosa, tuvo un sobresalto al oírle mencionar aquello.

Sus ojos reflejaron un brusco interés.

—¿Qué dice, Bartin?

—Lo que has oído. Tú no estabas enterado de nada, claro, porque pasabas unas «vacaciones» en Yuma…

—¿Pero, quién ha querido matarle?

—Diantre… ¿Y yo qué sé? Toda esta tierra está condenada, muchacho. En cuanto reúnes diez dólares, tienes más enemigos que dedos en manos y pies. No es extraño que cualquier rival haya querido quitarme de en medio.

—No es extraño, pero tampoco es normal. ¿Por qué diablos iban a querer matarle?

—Mira, muchacho… —y el viejo hizo un gesto de impaciencia—. No te he contado eso para que me calientes la cabeza con preguntas, sino para que comprendas que el día menos pensado…, ¡bum…!, de cabeza al ataúd. Y que tengo prisa por ver a Margit feliz y bien casada. ¿Me has entendido? Porque si no me has entendido es que los jóvenes de ahora sois idiotas. Y basta ya de charla. Vete a dormir, y a ver si mañana habéis tomado una decisión tú y esa mosquita muerta.

Vació su vaso de un trago y se puso en pie.

Gary murmuró:

—Le prometo que lo pensaré, señor Bartin. Me gustaría que usted no tuviera preocupaciones. Ha hecho mucho por mí. Por cierto…

—¿Qué?

—Usted me recuerda a alguien y no sé a quién.

El viejo lanzó un bufido.

—¿Con ésas me sales ahora? ¿Con acertijos? ¡Vete al diablo!

Y salió del despacho dando un portazo, dejando en él a un Gary Morton lleno de confusiones.

Pero la inmovilidad del joven sólo duró un momento.

Porque al instante oyó un disparo seco, estruendoso, que pareció hacer retumbar toda aquella parte de la casa.

Capítulo X

Como si le hubieran empujado con un resorte, el joven salió.

Abrió la puerta del despacho y vio ante él un largo pasillo sumido en penumbra.

Gary conocía muy bien todo aquello y sabía lo peligroso que podía resultar en caso de estar oculto allí un enemigo. Por eso se pegó a la pared inmediatamente.

Hizo bien.

Porque de lo contrario la bala que surgió de la penumbra, aullando por el corredor, le hubiera atravesado a él también.

Vio confusamente una silueta negra. Movió la mano derecha y disparó dos veces a través de la funda, para no perder tiempo.

Pero esta vez no tenía los nervios bien. Había visto al viejo Bartin caído en tierra y eso le desquiciaba.

Tuvo la sensación de que había fallado, porque vio a la silueta moverse.

Fueron los reflejos los que le salvaron ahora. Adivinó que su enemigo, fuese quien fuere, había visto los fogonazos y tiraría a matar. Se inclinó velocísimamente.

Aun así la bala le rozó la cabeza y le produjo una brusca sensación de desvanecimiento. Las rodillas del joven cedieron en un instante.

Su enemigo debía estar tan nervioso como él, porque la tercera bala tampoco consiguió alcanzarlo.

La silueta se movió entonces velozmente hacia la puerta del otro lado del pasillo. Tenía motivos suficientes para pensar que Gary estaba muerto o malherido.

Cuando el joven logró recuperarse de su momentáneo desvanecimiento, apenas medio minuto más tarde, ya no había

nadie en el pasillo, si se exceptuaba a Bartin, que gemía entrecortadamente.

Gary aún no podía comprender lo ocurrido.

Le parecía increíble que alguien hubiera asesinado fríamente a Bartin, un ranchero que, pese a ser rico, siempre se había portado con la mayor sencillez y había procurado no crearse enemigos nunca.

Pero él mismo lo dijo poco antes: «Han tratado de matarme ya dos veces». Y por incomprensible que eso pudiera parecer a Gary, era la más pura realidad.

Se inclinó sobre el caído.

Una breve mirada bastó para demostrarle que era muy poco lo que podía hacer por él. Sólo ayudarle a morir.

En el cuerpo de Bartin no había más que una bala, pero diabólicamente certera. La sangre escapaba a borbotones por el corazón atravesado, pero que aún funcionaba antes de estallar. El viejo miró a Gary con ojos vidriosos, mientras aún hacía desesperados esfuerzos para mantener enhiesta la cabeza.

Gary se la sostuvo.

—Bartin… ¿Ha podido ver quién era?

—No… Pero… eso no importa.

—Sí que importa, Bartin… Deme una pista, por breve que sea. Deme una pista y yo le vengaré, se lo juro.

—Es… inútil… Yo sólo quiero que… que sepas algo.

La vida se le escapaba por momentos. El joven comprendió que dentro de unos breves segundos ya no podría hablar.

—Diga, Bartin… Diga lo que sea.

—Hay algo… que nunca… te confesé.

—Olvídelo, Bartin. Es imposible que usted haya hecho algo malo. Ya me lo contará otro día.

—No trates… de ahorrarme esfuerzos… ni de mentirme… diciendo que voy a vivir… ¡Recáscaras! —masculló con sus últimas fuerzas manteniendo el genio hasta el borde de la tumba—. En el cajón central de mi mesa… encontrarás… una carta… Por favor…, destrúyela. Te lo suplico…, ¡destrúyela!

Fueron sus últimas palabras. De repente la cabeza del viejo cayó a un costado, siempre sostenida por la mano de Gary. Éste sintió que una cosa muy amarga subía a su garganta, pero procuró que sus

facciones se mantuvieran impasibles.

Vio que en el pasillo había luz ahora.

Dos personas más habían acudido al oír los disparos. Pertenecían a la servidumbre de aquel lado de la casa y miraban al muerto como si no comprendiesen. Bruscamente uno de los sirvientes, que era una mujer, exhaló un gemido de dolor.

Gary intentó ver los hechos con serenidad.

—¿Por dónde han entrado? —preguntó.

—Por aquella puerta.

Señalaban la que había servido para huir al asesino. Gary arqueó una ceja.

—¿Se han cruzado con alguien?

—Con nadie.

—Entonces no hay duda de que el que ha hecho esto conocía muy bien la casa.

Alguien más entró en aquel momento, pero por la puerta del lado contrario. Gracias a las luces que habían traído los dos sirvientes, Gary reconoció perfectamente a Nora.

La muchacha estaba mortalmente pálida.

—¿Qué ha ocurrido?

—Han matado a Bartin. ¿No has visto a nadie que saliera huyendo?

—No… Yo estaba en mi habitación y he oído un disparo. No sé nada más…

Gary comprendió que ya no averiguaría nada preguntando. Y por eso se dirigió hacia la puerta por donde había salido el fugitivo.

Pero una idea le detuvo.

Era algo que no tenía sentido, algo que venía zumbándole en la cabeza desde un rato antes, pero sin que pudiera aclararlo.

Miró el rostro del muerto. Dicen que las personas que acaban de morir muestran sus verdaderas facciones porque no están deformadas por las expresiones cambiantes de cada momento.

Y, efectivamente, las facciones del viejo Bartin parecían haber cambiado un poco. Se parecían a las de otra persona. ¿Pero quién? ¿Qué era lo que recordaba Gary?

Al fin tuvo que encogerse de hombros con un gesto de impotencia, comprendiendo que era inútil perder el tiempo así.

Iba a abrir la puerta cuando Nora susurró:

—No se arriesgue.

Él la miró.

Y vio en sus facciones una ansiedad, algo que le hizo comprender que la muchacha sufría.

—¿Qué te importa a ti si me arriesgo? —preguntó, con una rudeza que no hubiera deseado tener.

—Usted… ha sido bueno conmigo.

—Olvídalo —dijo secamente él.

Y salió del pasillo. Pero mientras descendía velozmente por unos peldaños de madera que llevaban a una de las salidas del rancho, no podía apartar de su memoria aquella imagen casi patética de la muchacha, como si él significara mucho para Nora.

Hizo un gesto y decidió borrar de su pensamiento aquella imagen. Tenía cosas más importantes en que emplear el tiempo.

Abrió la puerta que estaba al final de las escaleras, y que daba al exterior, y estuvo a punto de tropezar con Margit, que destacaba llamativamente en la penumbra a causa de su vestido blanco.

Ella ahogó un grito al ver su cara.

La expresión de Gary le hizo comprender inmediatamente que algo terrible acababa de ocurrir.

—Gary…, ¿qué sucede?

—Mejor que no subas ahora, Margit.

—¿Acaso… acaso papá…?

Él hizo un signo de desesperanza con la cabeza.

—De nada sirve llorar ahora. Lo que hace falta es vengarle. Por favor, enciérrate en tu dormitorio y procura calmarte. Dentro de un rato, cuando te hayas acostumbrado a la idea, ve a verle.

Ella se apoyó en la pared.

Parecían faltarle las fuerzas.

El joven le acarició los cabellos muy suavemente, como queriendo darle ánimos, y luego corrió hacia las cuadras.

Lo que más necesitaba en este momento era conseguir un buen caballo, Aparte, claro está, encontrar las huellas del asesino fugitivo.

El mozo de las cuadras había oído los disparos.

—¿Qué ocurre?

—Han matado al patrón.

—¡Eso es imposible!

—Imposible o no, ha sucedido. Y lo que necesito ahora es saber si alguien ha pasado por aquí.

—No he visto a nadie.

—Es incomprensible… El que ha matado a Bartin no puede haber ido lejos. Y cualquiera que tratase de huir tendría que pasar por aquí…

—La verdad es que estaba dentro de la cuadra cuando han sonado los disparos. Puedo haberme distraído.

Gary hizo un rápido cálculo de posibilidades.

Si el asesino no había pasado por ahí, era fácil que se hubiese dirigido hacia el otro lado, hacia la zona donde estaban los cercados para los potros y los apartaderos para el ganado.

Corrió en aquella dirección.

Mientras tanto la confusión parecía reinar en el rancho, y todo el mundo entraba en el edificio principal al correrse la voz de que el patrón estaba muerto, como si desearan cerciorarse con sus propios ojos de la certeza de la noticia.

Gary se encontró sólo de pronto.

Iba a pie por entre los cercados, oyendo el relinchar de los potrillos y sintiendo en su piel la mirada desconfiada de las yeguas. Las reses que estaban en los apartaderos se movían de un lado a otro, inquietas, dando fuerte bandazos contra las cercas.

El joven se dio cuenta de que ni siquiera había retirado un caballo de las cuadras. No sabía por qué, tenía la sensación de que el asesino aún estaba allí, muy cerca del rancho.

Y, en efecto, no le faltaba la razón.

Iba a dejar ya atrás las cercas cuando oyó el aullido de una bala de rifle disparada a unas doscientas yardas de distancia.

Fue aquel aullido lo que le permitió arrojarse a tierra una décima de segundo antes de que la bala le alcanzase. Sintió la quemadura del plomo, que le rozó materialmente la piel, y al instante dos balas más pespuntearon su figura, que resultaba confusamente alumbrada por la luna.

Gary alzó la cabeza.

Era más de un enemigo. Por lo menos tres hombres estaban tratando de impedir su avance, sin duda cubriendo al asesino, que debía retirarse por aquella misma zona.

Rechinando los dientes, el joven atravesó e cercado por la parte

interior, pegándose materialmente al costado de un potrillo encerrado allí. Sus enemigos no llegaron a verle.

Siguieron disparando sobre el mismo punto, sin darse cuenta de que Gary Morton había cambiado de posición. Y el joven aprovechó aquellos momentos para avanzar por entre las reses que se removían inquietas, exponiéndose a que de un momento a otro se produjese una estampida y él quedara cazado entre centenares y centenares de pezuñas, que le desharían en unos instantes.

Pero las reses no se dejaron arrastrar por el pánico aún. Las balas silbaron altas.

Al fin el joven llegó a distinguir confusamente a sus enemigos.

Eran tres.

Y una sombra oscura avanzaba hacia ellos, protegida por el fuego de cobertura que estaban haciendo.

Tenía que ser el asesino.

Gary rechinó los dientes y alzó el revólver, pero en aquel momento un nubarrón ocultó la luna, haciendo que la silueta se borrara de su campo visual.

Oyó unas voces débiles:

—Murray…

—Aquí estoy.

—¿Todo bien?

—Sí. Ese buitre ya está listo.

—Nosotros hemos inmovilizado a un tipo que debía ser Morton. ¡Vamos! ¡Hay que huir!

Gary no se dio cuenta de que se había mordido el labio inferior. La sangre goteaba por su barbilla. ¡De modo que aquel cerdo de Murray era el culpable…!

En realidad, tenía que haberlo imaginado.

Los nubarrones pasaron, y entonces vio confusamente dos siluetas que se movían.

No sabía cuál era la de Murray. Disparó contra la que le pareció más cercana.

Oyó un espantoso alarido de muerte, y la silueta se desplomó colina abajo.

La otra dio un salto, ocultándose. Una voz preguntó:

—¡Murray! ¿Está bien?

—Sí… ¡Le han dado a Patrick!

Gary ahogó una maldición.

¡Murray aún estaba vivo!

Confiando en que sus enemigos ignoraban aún su situación, dio un salto hacia adelante y se colocó en una posición más ventajosa aún, en un punto desde el cual veía perfectamente tres siluetas, una de las cuales tenía que ser la de Murray.

Lo malo era que no podía diferenciarlas, pero resolvió salir de dudas eliminándolas a las tres.

No tuvo ningún remordimiento cuando apretó el gatillo sin avisar. De aquellos tres tipos, uno era Murray, y los otros dos, asesinos de su rancho.

Los disparos fueron certeros. Ahora ya no estaba nervioso, sino que una fría e inflexible calma se había apoderado de él. Sabía quién era el asesino y no estaba dispuesto a dejarlo escapar. Vio caer a dos de las figuras y tambalearse a la tercera.

Corrió hacia allí.

Murray era el que seguía en pie. Lo distinguió al estar más cerca, a la luz de la luna.

El asesino intentó alzar su revólver. Gary se lo envió al infierno de un nuevo balazo, haciendo que el ranchero se encogiese, alcanzado junto al codo.

Ahora lo tenía a su merced.

Los otros tres enemigos estaban muertos. Sólo Murray quedaba en pie aún, y acababa de ser desarmado.

La hora de la venganza acababa de sonar.

Murray pagaría con su sangre el crimen que había cometido.

Gary alzó el revólver y musitó:

—Muy bien, Murray… Reza. Te doy medio minuto. Dentro de treinta segundos no habrá compasión para ti.

Murray estuvo a punto de caer de rodillas. Sus labios se curvaron en una mueca, mientras palidecía como un cadáver.

—No… ¡No puedes hacer eso! ¡Te daré parte en el negocio…! ¡Te lo contaré todo!

—¿Qué es lo que tienes que contarme?

—Algo que tú no puedes ni imaginar. Pero suelta el revólver… Júrame que no me matarás…

—Primero habla.

Murray hizo un gesto de desesperación.

Parecía decidido a todo con tal de salvar su vida.

—Yo… —empezó a decir.

Y de pronto su cuerpo sufrió un brutal estremecimiento.

Una bala acababa de atravesarle por la espalda. Murray cayó de bruces, mientras su boca se transformaba en un manantial de sangre.

Gary Morton le vio caer. Y fue justo en ese momento cuando empezó a creer que estaba soñando.

Porque detrás del caído Murray, con un revólver humeante en la derecha, apareció…

—¡Margit!

CAPÍTULO XI

El joven estaba tan sorprendido que al principio no supo qué decir. Luego pensó que, al fin y al cabo, Margit le había ahorrado trabajo. Y que tenía más motivos para vengarse ella que él mismo.

Intentó sonreír.

—Me has ahorrado una bala… —musitó.

—Lo celebro.

La voz de Margit era metálica. Sonaba distinta.

—¿Pero cómo has podido llegar hasta aquí con tu vestido blanco? ¿Cómo es que esos asesinos no te han visto?

—Llevaba un vestido blanco precisamente para que me viesen.

Gary parpadeó.

—No te entiendo. Más bien tendría que ser al revés, ¿no? ¿Qué interés tenías en que te viesen?

—Necesitaba que distinguieran muy bien mi vestido blanco para que me dejaran pasar. Para que no dispararan contra mí. Por eso lo llevaba.

Gary estaba anonadado.

Pero aún no comprendía. Aún no había penetrado en su cerebro el pensamiento terrible.

—Quizá no me comprendas —susurró ella.

—Pues no.

—Yo tenía que hablar con Murray.

—Margit… No puedo creer que tú supieras…

Ella lanzó una carcajada ronca, espesa.

—Claro que lo sabía. Las dos veces que Bartin estuvo a punto de morir también fue obra nuestra, Pero no hemos tenido éxito hasta hoy, hasta la tercera.

Gary sentía que le temblaban las rodillas.

No sentía miedo. No, no era eso. Pero una especie de horror, de náusea, hacía que le fallaran las fuerzas.

La cara de Margit había cambiado.

Ahora era una máscara de metal, un rostro duro, de ojos crueles e impenetrables.

Gary sintiendo que el estupor le ahogaba, susurró:

—¿Pero es posible que siendo él tu padre…?

—No era mi padre.

—¿Qué… qué dices?

—Él siempre creyó que su hija había muerto en el ataque indio, igual que su mujer, pero eso no era cierto. Ella fue raptada por los salvajes y luego devuelta, pero ya al cabo de bastantes años. Mientras tanto, Bartin había encontrado una pequeña abandonada junto a su rancho y la había adoptado como a su hija. Esa pequeña era yo.

Gary Morton tragó saliva.

Sentía en la boca una bola espesa y amarga.

Ahora comprendía algunas cosas. No necesitaba saber lo que decía la carta de que le habló Bartin antes de morir. Sin duda revelaba lo que la propia Margit acababa de decirle. Algo que quizá años antes Margit leyó también.

Y comprendía otra cosa.

Comprendía a quién le recordaba la foto de Silvia. Y a quién le recordó Bartin en el momento de morir.

Jamás el viejo llegó a sospechar que su hija viviera y que la tuviese tan cerca.

—Cuando yo supe que no era su auténtica hija, sufrí un choque tremendo —dijo Margit bruscamente—, pero pronto me consolé pensando que, al fin y al cabo, el rancho sería igualmente mío. Hasta que supe que la hija de Bartin vivía, aunque ella no lo sospechara aún. Es decir, ella no sabía quién era su padre, pero podía averiguarlo, y en ese caso todo se hundiría para mí. No era que Bartin fuese a dejarme en la calle, porque me quería, pero yo lo deseaba todo. ¡Nada de repartir con una intrusa! Por eso busqué a alguien que matara a aquella imbécil y tropecé con Murray.

Sus facciones palidecieron aún más mientras decía con entonación salvaje.

—Todo eso ocurrió mientras tú estabas en Yuma. Pero Murray

me dio una idea aún más ambiciosa. Me dijo que si me casaba con él, se iría apoderando de todos los ranchos de la comarca y llegaríamos a ser los dueños de ésta. El procedimiento de quemar los ranchos y luego acudir a la subasta, ya lo conoces. Creo que te lo explicó Brent.

Gary miró al hombre caído en tierra, de cuya boca seguía brotando la sangre.

—Pero si estabais de acuerdo, ¿por qué lo has matado?

—Porque tenía decidido hacerlo así. ¿Crees que iba a casarme con ese vejestorio? Yo había resuelto esperar a que sus riquezas aumentaran, y entonces eliminarlo. Había hecho testamento a favor mío, de modo que el negocio era perfecto. Cuando supe que tú ibas a salir, te encargué que lo eliminases alegando que me había amenazado para casarse conmigo y que no quería soportarlo. Como tú y yo habíamos sido novios, Murray nunca sospecharía de mí. Pensaría que la iniciativa de matarle era exclusivamente tuya, y que te guiaban los celos. Pero, por muchas razones, tú no has podido acabar con él, aunque reconozco que ahora ibas a hacerlo. Y lo he liquidado yo… En este momento no tengo ya ningún peligro. Soy heredera del rancho Bartin, y también soy heredera de Murray. En cuanto a esa insignificante Silvia, algún día morirá…

Gary Morton estaba sencillamente aterrorizado.

Él siempre luchó cara a cara. Estaba acostumbrado a las peleas, a veces salvajes, de la pradera. Pero no a aquella astucia. No a aquel veneno de serpiente, a aquella alma tenebrosa en cuya negrura no acertaba a penetrar aún.

—¿Pero si no ibas a casarte con Murray, y dando por descontado que piensas eliminarme, con quién ibas a casarte pues? ¿Con quién…?

—Conmigo —dijo entonces una voz.

Y una figura surgió de entre aquellas sombras.

Gary Morton tuvo un espasmo porque aún le faltaba la más brutal sorpresa.

Porque aún tenía que ver al *sheriff* Brent.

Brent llevaba un revólver en la derecha. Le encañonaba con él.

Sus facciones afiladas brillaban a la luz de la luna. Sus ojos, que antes parecían sólo penetrantes, eran duros y astutos.

—Yo soy el verdadero dueño del corazón de Margit —dijo

suavemente—. Has estado a punto de averiguarlo antes, muchacho, cuando has entrado en el granero. Por poco me atrapas besando a Margit… Pero todo ha salido a pedir de boca. Yo dejaba hacer a Murray para que éste reuniese una fortuna que al fin y al cabo iba a ser mía… Y yo mismo hice retirar, de acuerdo con Margit, los cadáveres del rancho de Chuck, porque no convenía detenerle y someterle a un proceso en el cual hubiese hablado más de la cuenta. Murray tenía que morir así, como ha muerto. Y como vas a morir tú, amigo mío. Porque… ¿quién va a sospechar de un *sheriff*…?

Gary Morton apretó los labios, mientras una expresión de desafío aparecía en sus ojos.

Supo que iba a morir y que no podría hacer nada. Supo que estaba viviendo el último segundo de su existencia.

Pero no tembló. Sólo envolvió a aquella pareja diabólica en una mirada de desprecio.

Esperó la bala que había de atravesarle la cabeza.

¿Pero por qué Brent no disparaba? ¿Por qué Margit había lanzado un grito? ¿Qué era lo que hacía vacilar al *sheriff*?

La detonación llegó a sus oídos como una cosa ahogada, lejana, pese a haberse producido tan cerca.

Con sus últimas fuerzas, en el postrer espasmo de la agonía, Murray acababa de disparar, atravesando la cabeza de Brent, Un gesto de rabia, de terrible dolor, deformaba sus facciones. Su revólver se movía ya hacia Margit, después del primer disparo.

Gary estaba como paralizado.

El horror le había dejado sin fuerzas, sin pensamientos. Era como si aquello ocurriese a mil millas de distancia.

Una figura se interpuso entonces entre el revólver de Murray y el cuerpo blanco de Margit. La bala atravesó a Corazones Jim, que cayó de bruces sin lanzar un gemido. Otro disparo de Murray terminó con Margit antes de que Gary, con una sensación de asco y de horror, descargara todo el contenido de su revólver sobre aquella especie de cadáver que ya era Murray, aquel muerto que, sin embargo, con sus últimas fuerzas, había vuelto a matar.

El joven miró ante él mientras sus ojos se nublaban, mientras tenía la sensación de que iba a volverse loco.

Pero en aquella historia siniestra había algo conmovedor.

Estaba Corazones Jim.

Estaba el hombre que purgó su delito. Porque Margit, ella misma lo había dicho, fue una niña abandonada cerca de un rancho donde pudieran atenderla. Y porque el hombre que la abandonó —el mismo que debió adivinar su identidad al hablar con ella y saber su nombre, edad y el rancho donde vivía—, acababa de dar su piel para salvar la de la muchacha.

Inútilmente.

La justicia se había cumplido, pero el joven no estaba alegre.

Sólo pensó que Brent y Murray serían enterrados juntos. Al fin y al cabo habían sido compinches en vida, aun sin saberlo Murray. Que descansaran juntos después de la muerte.

Y Margit seria enterrada con su padre. Sería enterrada con Corazones Jim.

Gary Morton fue hacia el rancho, donde sabía que aguardaba, como único detalle de luz la figura dulce de Nora.

Recordó su mirada, la expresión con que le había contemplado antes.

Y se dijo que la vida, eternamente, siempre vuelve a empezar.

FIN